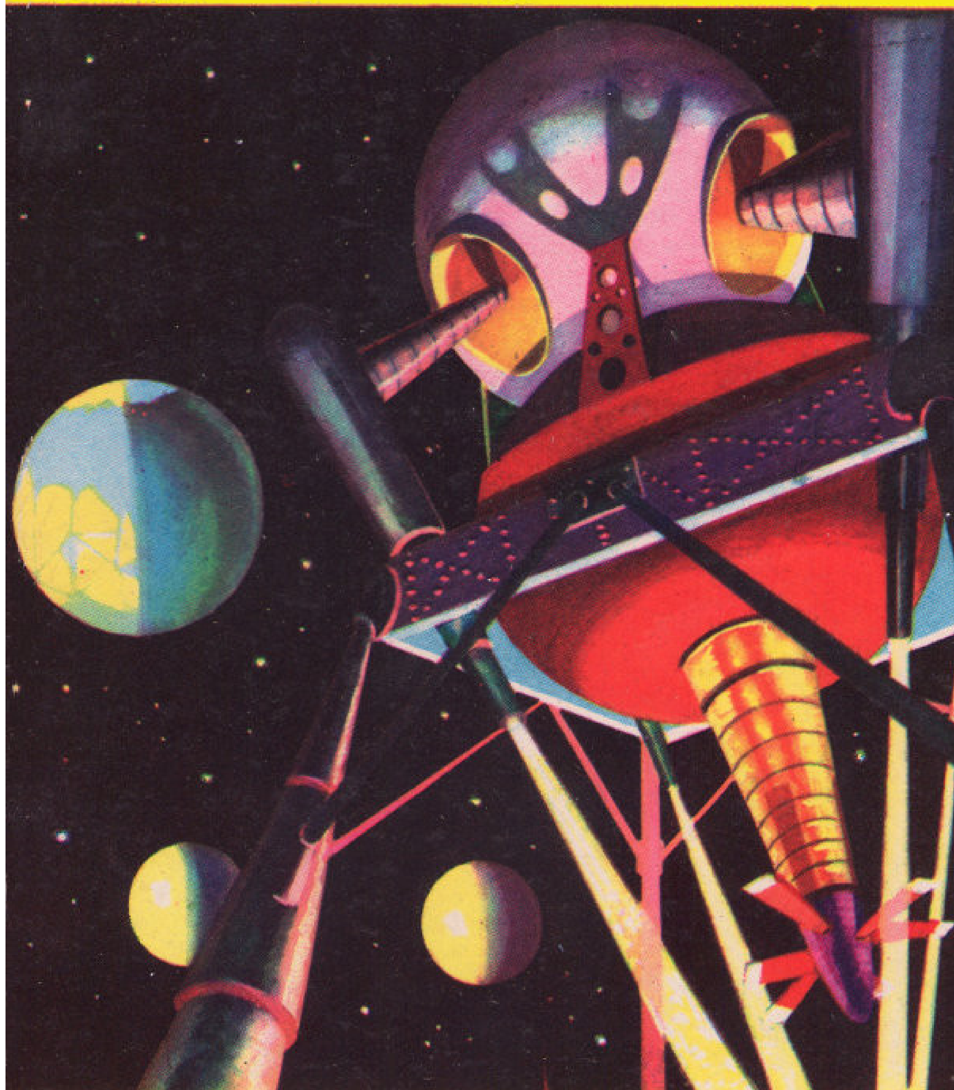
LUCHADORES DEL ESPACIO

DIVISION EQUIS



POR GEORGE H. WHITE

Planteada en términos dramáticos la incompatibilidad entre los terrícolas y los Hombres de Silicio, la nación cristiana acomete decididamente la reconquista de Redención. Pero esta empresa no podrá llevarse a cabo sin la previa y total aniquilación del perturbador Reino de Silicio.

Un joven científico resuelve el complejo problema de transmutar el sol ultravioleta del Mundo de Silicio, lo que dará lugar al montaje de una arriesgada operación.

División Equis es la lucha de un pueblo empeñado en lograr la propia supervivencia, aun a costa de los más duros sacrificios.



George H. White

División Equis

La saga de los Aznar - 14

ePub r1.1

Titivillus 28.11.16

Título original: *División Equis*
George H. White, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



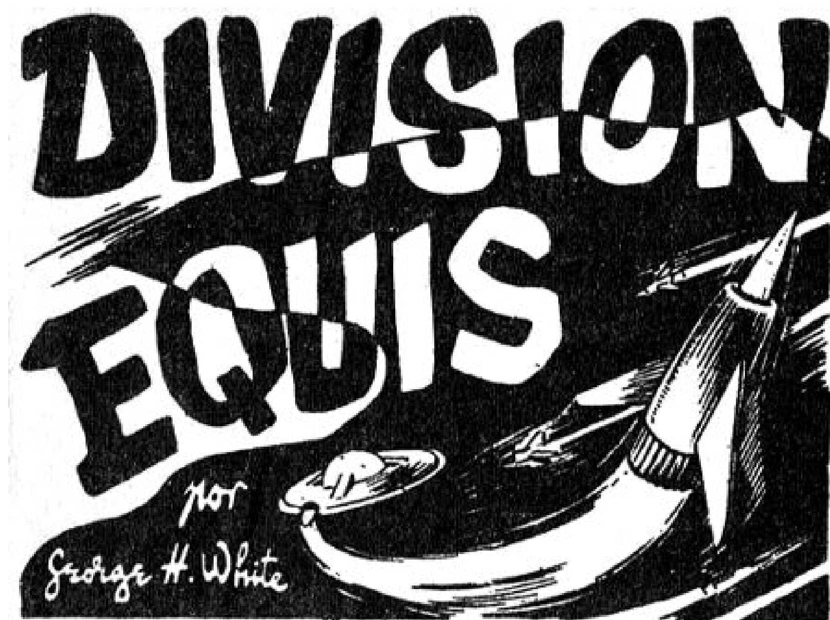
DIVISION EQUIS

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Octavio Ferrer.— Joven científico inventor.
Maruja Goyoaga.— Ayudante del profesor Ferrer.
Don Tomás Angulema.— Notable geólogo.
Don Horacio Aznar.— Almirante jefe del Cuerpo Expedicionario.
Don Félix Aznar.— General Jefe del Estado Mayor General.
Federico Ortega.— Sargento piloto.
Felipe Sumapaz.— Periodista.



CAPÍTULO I

NUEVA ARMA

CUANDO la palabra TERMINADO llegó finalmente a oídos de Octavio Ferrer, el joven profesor sintió un doloroso relajamiento de nervios. Reclinó la cabeza en el respaldo del sillón, dejó caer los brazos desmayadamente y cerró los ojos. Un lapicero rojo se liberó de los crispados dedos y rodó por el suelo.

Maruja Goyoaga, que había venido a darle personalmente la noticia, se alarmó al principio creyendo que el jefe era víctima de un desmayo. Pero la profunda y acompasada respiración del sabio le tranquilizaron en seguida. Contempló con el ceño fruncido al hombre que llenaba el confortable sillón. Maruja lo detestaba. Durante cinco meses, desde que llegara a Ciudad Mecano cuando ya estaban empezados los trabajos, el profesor Ferrer había sido para

ella, lo mismo que para todos los ingenieros, capataces y operarios de los gigantescos talleres, una especie de tirano que ni vivía, ni dejaba vivir a los demás.

El profesor parecía poseer el don de la ubicuidad. Durante 180 días, hora por hora, había realizado la increíble hazaña de estar en todas partes a la vez. Sus ojos lo veían todo. Sus oídos percibían hasta el menor de los rumores de descontento que circulaban por la gigantesca ciudad mecánica. Si dos ingenieros se encontraban en un corredor y se detenían medio minuto a charlar, era seguro que iba a abrirse una puerta y a surgir por ella el iracundo profesor Ferrer para recordar a los infractores que no podía perderse un segundo en cháchara inútiles. Si uno se metía en un lavatorio para tardar algo más de lo debido en salir, era muy posible que se encontrara esperándole a un enfurecido profesor Ferrer que le impondría cuatro o cinco horas de trabajo adicional a su turno de doce horas. Si a un operario u operaria se le escapaba una herramienta de las manos, casi siempre había cerca una pantalla de televisión donde irrumpía la imagen del "tirano" bramando insultos contra el imprudente. Todas las actividades de Ciudad Mecano estaban celadas y reglamentadas por dos mecanismos inexorables: el reloj eléctrico y el portentoso cerebro de don Octavio Ferrer.

El hombre que Maruja tenía ante sí ofrecía un aspecto extremadamente desaliñado. Octavio Ferrer no era al fin y al cabo otra cosa que un ser humano, y para poder estar en todas partes a la vez había tenido que exprimir hasta el último de sus segundos robando horas al sueño, a las comidas y a todas las demás funciones fisiológicas. En su furiosa avaricia de tiempo había suprimido incluso los escasos minutos diarios que hacían falta para afeitarse, dejándose crecer la barba y el pelo. Maruja dudaba que se hubiera cambiado de ropa más de dos veces en los cinco meses que le conocía y, desde luego, tenía la completa seguridad de que no se bañó ni una sola vez. Maruja aborrecía la suciedad, y en consecuencia sufría horrores cuando su trabajo le obligaba a permanecer cerca del profesor, percibiendo el nada grato tufillo a sudor y ropa sucia que envolvía al notable sabio.

Ahora, Maruja Goyoaga permaneció de pie ante la enorme mesa de cristal sobre la que se amontonaban papeles, planos reglillas, calculadores, lapiceros y mil cosas más, revueltas en desorden.

—Estoy muy cansado —suspiró sin variar de postura.

Maruja no respondió. También ella se sentía cansada, pero eso no debía importarle mucho al profesor Ferrer, que nunca se había preocupado del estado físico de sus subordinados.

Octavio abrió los ojos y los fijó en la esbelta muchacha que permanecía erguida al otro lado de la mesa. Aunque llevaban cinco meses trabajando juntos le pareció que era ésta la primera vez que la veía. En realidad fue la primera vez que se fijó en ella. Le agradó la naricilla ligeramente respingona, así como sus gordezuelos labios, fruncidos en un mohín de despecho, y los negros ojos clavados en los de él con mirada hostil.

—Hemos trabajado de firme, ¿no es cierto, señorita Goyoaga? —sonrió Octavio a través de la maraña de su barbaza—. Me siento plenamente satisfecho de la labor desarrollada por todos ustedes. Nos hemos adelantado en dos meses a la fecha prevista para la terminación de nuestros cohetes. La carrera ha sido dura, ¡muy dura! Pero al final hemos llegado a la meta llevando ventaja a las previsiones más optimistas de nuestro Estado Mayor General.

—¡Ah! —exclamó Maruja Goyoaga—. ¿De manera que el plazo para que diéramos fin a nuestro trabajo era de ocho meses y no de seis como todos creíamos? ¿Por qué lo ocultó, profesor Ferrer?

—Mi querida amiga —repuso Octavio tirando de un cajón de la mesa escritorio y sacando una caja de cigarrillos—: si ustedes hubieran sabido que contábamos con dos meses más de tiempo, no se habrían esforzado tanto por terminar nuestro trabajo en sólo seis.

—Según eso, también pudo proponerse usted que rematáramos la faena en sólo tres meses —repuso Maruja—. ¿Por qué no lo hizo?

—Porque hubiera sido inútil, señorita. La resistencia física y la capacidad de trabajo de las personas también tienen su límite.

—¿Cuándo lo descubrió? —interrogó la joven con ironía—. Hasta ahora nunca dio muestras de comprenderlo.

Octavio maduró su respuesta mientras elegía un cigarrillo del estuche.

—Mi estimada colaboradora —dijo finalmente—. Sé dónde quiere usted ir a parar. Ciertamente; durante el tiempo que hemos trabajado juntos no se han ofrecido ocasiones para que yo desmintiera con un cambio de actitud el deplorable concepto en que usted y sus compañeros me tienen. He sido duro, lo sé. Mas, ¿qué

otra cosa podía hacer? ¿Acaso yo me he regalado mientras los demás sudaban y se afanaban? Por no perder tiempo ni distraerme un segundo, ni siquiera he fumado un cigarrillo desde que empezamos la construcción de nuestros cohetes… Por cierto, que los malos hábitos empezaban a transformarme por completo y ni siquiera le he preguntado si fuma usted.

—No fumo, gracias —repuso Maruja rechazando la caja de cigarrillos que le ofrecía—. Solamente quisiera que me respondiera usted a esta pregunta: ¿Era realmente tan importante que termináramos la construcción de esos cohetes en tan poco tiempo? Quiero decir: ¿Qué valor pueden tener ese puñado de armatostes que hemos construido, para la causa en cuyo nombre hemos trabajado como bestias?

—Le pica la curiosidad, ¿eh? —sonrió Octavio encendiendo el pitillo.

—Se nos dijo que nuestra labor era de la máxima importancia… que de la rapidez, la aplicación y el silencio con que trabajáramos dependía tal vez la derrota de la humanidad de silicio y la reconquista de Redención. ¿Es cierto eso, o fue también una añagaza para que trabajáramos más aprisa?

—¿Qué necesidad había de espolearles si no existiera una causa que justificara nuestro gran esfuerzo? —repuso Octavio—. Sí. Lo que hemos hecho es muy importante. Se les prometió a ustedes levantar el velo de misterio que cubría nuestra obra en cuanto ésta estuviera rematada… Bien; ha llegado el momento.

Octavio hizo girar su confortable sillón de plástico y tiró de la palanquita de un televisor de gran tamaño situado a su derecha. En la pantalla apareció la imagen de una muchacha telefonista, a quien el profesor ordenó:

—Tenga la bondad de conectar este aparato con todos los televisores y altavoces de las fábricas. Anuncie que voy a dirigir la palabra.

La muchacha telefonista hizo una mueca de sorpresa (jamás hasta entonces le pidió el profesor Ferrer nada “por favor”). Unos segundos más tarde llegaba hasta el despacho de Octavio, entrando por los grandes ventanales abiertos de par en par, la metálica voz de la telefonista que anunciaba:

—¡Atención…! ¡Atención! El profesor don Octavio Ferrer va a

dirigirles la palabra.

Octavio se repantigó en su asiento, dando la cara a la pantalla de televisión. Carraspeó, y su carraspeo y su imagen llegaron por multitud de altavoces y aparatos de televisión hasta los millares de obreros de Ciudad Mecano, que habían tomado parte activa en la construcción de 1.500 cohetes.

—Estimados colaboradores —empezó diciendo Octavio. Y por los ventanales entró un formidable abucheo de los indignados obreros. El joven profesor no pareció inmutarse, por esta muestra de impopularidad y repitió—: Mis estimados colaboradores. Hoy hemos dado por concluida la ardua tarea que nos ocupó durante seis largos meses. El último tornillo acaba de ser colocado en el último cohete y éste va a reunirse con los otros mil cuatrocientos noventa y nueve que hemos visto renacer de nuestros esfuerzos día tras día…

Octavio Ferrer hizo una pausa para mirar a la bella Maruja Goyoaga con el rabillo del ojo y prosiguió diciendo:

—Hoy, por fin, podemos entregarnos al tan merecido descanso. Podemos tendernos en nuestras camas, dormir cuanto queramos… Aquel que lo desee puede también abandonar Ciudad Mecano y reintegrarse al seno de sus familias. Nuestra empresa está totalmente terminada y sólo siento no poder expresaros con palabras toda la gratitud, el afecto y la admiración que os profeso. Tendréis vuestra recompensa, desde luego. Sobre vosotros, sobre cuantos habéis trabajado conmigo en estos largos y duros días, recaerá la satisfacción de haber asestado un tremendo y definitivo golpe al poderío de nuestros enemigos: los hombres de silicio que actualmente dominan el planeta Redención.

Octavio volvió a interrumpirse para sonreír en dirección a Maruja Goyoaga y continuó diciendo:

—Os habéis estado preguntando para qué podían servir estos proyectiles. Bien. Yo puedo contestaros ahora a estas preguntas. Sí, nuestros cohetes serán utilizados contra los hombres de cristal. Vamos a golpear con estos proyectiles en su mismo corazón; es decir, en el sol ultravioleta que mueve la máquina de la vida en el Reino de Silicio.

Hasta el despacho del joven llegó por los ventanales un sordo rumor satisfecho del efecto de sus palabras y continuó:

—Desde que el autoplaneta *Valera* regresó a Redención hace cinco años, nuestro pueblo está empeñado en una guerra sin cuartel contra los Hombres de Silicio. Durante todo este tiempo hemos redoblado nuestros esfuerzos, construyendo cada día nuevas maquinas de guerra que van a consumirse en la hoguera de esta costosa contienda. Ciertamente, tenemos el dominio del cielo y del espacio exterior, pero esta supremacía aérea no nos ha permitido ocupar Redención. Como todos sabéis, Redención es un planeta hueco, en cuyo interior actúa un sol eléctrico que anima la máquina de la vida del Reino de Silicio. En aquel antro habitan los Hombres de Cristal, que gozan de las ventajas de una fortaleza irreductible, pues la grietas y túneles que comunican entre el interior hueco y el exterior del planeta son, en general, demasiado angostos para permitir el paso de nuestras aeronaves de combate. Nuestra Armada Sideral tiene bloqueados esos túneles. Pero, simultáneamente, los Hombres de Silicio bloquean esos accesos, de tal forma que no podemos penetrar por ellos. Nos encontramos, pues, en una situación de equilibrio, ambos ocupando posiciones que el otro bando no puede conquistar…

El profesor Ferrer se interrumpió y por las ventanas llegó hasta el despacho un sordo rumor de voces. Realmente, hasta aquí, Ferrer no había descubierto nada nuevo. Cada día, desde hacía años, los boletines de noticias de la radio y televisión daban cuenta de los combates que, esporádicamente y violentamente, enfrentaba a los contendientes en distintos puntos de la dilatada geografía del planeta.

El profesor continuó:

—Esta situación de equilibrio podría continuar por tiempo indefinido, impidiéndonos la ocupación del planeta y la dedicación a las tareas pacíficas de que tan necesitados estamos. Afortunadamente hemos podido trasladar al planeta Solima la mayor parte de los mil millones de refugiados que evacuamos del planeta Tierra. Solima, como ya saben, es también un planeta hueco. Pero, curiosamente, el sol eléctrico que ilumina aquel mundo interior, irradia rayos infrarrojos, en lugar de los mortales rayos ultravioleta del sol del Reino de Silicio. Durante cuatro años estuvimos tratando de hallar una explicación a este fenómeno que diferencia a dos mundos del mismo origen y características. Hasta

que, finalmente, creí encontrar la solución. De cumplirse mi teoría, debe ser posible transmutar el sol ultravioleta del Reino de Silicio en un sol infrarrojo de las mismas características del mundo de Solima. Expuse el resultado de mis investigaciones a nuestro Estado Mayor General, quien después de estudiar el asunto decidió montar una operación a gran escala, encaminada a modificar la naturaleza del sol ultravioleta de los Hombres de Cristal. Los artefactos que hemos estado construyendo en Ciudad Mecano están destinados a este fin. El decir, si conseguimos que nuestros cohetes alcancen su objetivo, habremos herido mortalmente al enemigo en su misma y vulnerable naturaleza. Las criaturas y las plantas de silicio no podrán sobrevivir a la muerte de su sol ultravioleta, y los Hombres de Cristal perecerán irremisiblemente, como perecerían las plantas y los animales del mundo exterior de Redención si se apagara el sol que anima la máquina de la vida en todo el planeta. De cierto que a partir de este momento, los Hombres de Silicio tienen contados sus días.

Un grito de entusiasmo llegó hasta el despacho de Octavio Ferrer, arrancando de labios de éste una sonrisa de satisfacción. Octavio esperó hasta que fueron remitiendo los ¡hurra! y ¡viva! de su gente, para concluir:

—Espero que ahora comprenderéis las urgencias y apremios con que os espoleé durante todo este tiempo… y disculparéis mi aparente falta de comprensión a la vista de vuestro disgusto, vuestro cansancio y vuestras horas bajas de desaliento. Os pido perdón por los malos modos y las palabras malhumoradas con que pueda haberos ofendido. Y, en nombre de la gran nación a quien servimos, y en el mío propio, os digo: ¡Gracias!

Octavio dejó de hablar y cerró el conmutador del televisor. Un rugido subía desde la plaza y penetraba en el despacho por los amplios ventanales. El joven sabio volvióse hacia Maruja Goyoaga.

—¿Será tan amable de cerrar esas ventanas?

Maruja Goyoaga se arrancó bruscamente del estupor en que acababan de sumirle las palabras de su jefe y cerró las ventanas. Luego se volvió y miró larga y pensativamente al hombre que se sentaba tras la mesa.

—¿Por qué no lo dijo antes? —preguntó—. ¿Por qué ocultó el fin a que eran destinados esos cohetes?

—Cuando empezamos los trabajos, la forma de convertir el sol ultravioleta del Reino de Silicio en un sol apto para la vida del terrestre, era poco menos que una nebulosa en mi cerebro —repuso Octavio—. Yo solicité del Estado Mayor que me concediera algún tiempo para madurar mis ideas, al menos hasta llegar a la convicción de que era posible realizar lo que yo creía… Pero el Estado Mayor General me ordenó empezar inmediatamente la construcción de estos cohetes. "Puede ir pensando sobre la marcha" —me dijeron—. "Sabemos la forma de obrar de los sabios. Se pasan años dándole vueltas a una idea, y luego se necesitan otros varios años para ponerla en práctica. No podemos aguardar hasta que usted esté seguro de sus teorías. Trabaje. Si está equivocado habremos ganado mucho tiempo."

—Por lo que creo entender —dijo Maruja— no estaba usted equivocado.

—No lo estaba, pero no lo supe hasta hace muy poco tiempo. Ésta fue la razón por la cual se ocultó al mundo lo que estábamos haciendo en Ciudad Mecano. No podíamos lanzar a los cuatro vientos la noticia de que íbamos a aniquilar el Reino de Silicio por medios científicos, so pena de defraudar luego a nuestro pueblo. ¿Comprende? Todavía ahora no es absolutamente seguro que logremos nuestros propósitos. Teóricamente, el sol ultravioleta de los hombres de cristal debe metamorfosearse al recibir el impacto de un millar de proyectiles cohete rellenos de una complicada mezcla de gases. Pero para que la metamorfosis pueda realizarse hay que poner los proyectiles en condiciones de que puedan llegar hasta el blanco. Y esto parece que no va a ser cosa tan sencilla. Hemos de abrir algunos túneles a través de unos mil kilómetros de roca y alcanzar las entrañas huecas del planeta… todo contra la oposición de los hombres de cristal.

—Bueno. Eso es cosa del Ejército y la Armada Sideral, ¿no? —preguntó Maruja sonriendo—. Nosotros hemos construido el instrumento que puede aniquilar a la humanidad de silicio. A las fuerzas armadas corresponde la tarea de ejecutar el resto.

—Desde luego —suspiró Octavio poniéndose en pie—. Nosotros cumplimos como buenos. Creo que nos merecemos un descanso, ¿eh, señorita Goyoaga? ¿Qué va a hacer usted ahora?

—Pienso salir inmediatamente de *Valera* y marchar a reunirme

con mi familia en Solima. Aquello debe estar muy cambiado desde la última vez que lo vi. Me tenderé debajo de un árbol y me dedicaré a contemplar el vuelo de las moscas durante dos o tres meses seguidos.

—No es mala idea —dijo Octavio sonriendo—. Solamente que ya no quedan moscas en Solima. Las destruimos todas.

—Bien, no importa. El caso es poder holgazanear hasta que una se canse de no hacer nada. ¿Y usted, qué piensa hacer? —preguntó la joven aunque, maldito si le importaba lo que pudiera hacer el profesor en todo el resto de su vida.

—Como recompensa a mis trabajos, el Gobierno me ha regalado una villa de recreo cerca de Signé, construida a estilo romano. Si se me permite, pienso trasladarme allí y descansar por algún tiempo.

—Le envidio —murmuró Maruja—. Vivir lejos y aislado de las ciudades-colmenas es una suerte que sólo conocen muy pocas personas en este siglo. Bien. Si no tiene nada que ordenarme…

—¡Oh, nada! —exclamó Octavio—. Es usted libre de ir donde le plazca. Adiós. Buen viaje… y felices vacaciones.

Maruja Goyoaga saludó con una ligera inclinación de cabeza y abandonó el despacho. Las grises pupilas del profesor la siguieron hasta que la puerta se cerró a espaldas de la joven. Luego suspiró y estiró los brazos por encima de la cabeza en un desperezo que parecía sacudir todo el entumecimiento de seis largos meses de actividad puramente mental.

Lanzó un resoplido de satisfacción y entró en el cuarto de baño de contiguo. Un minuto después se escuchaba el gorgoteo de los grifos y el optimista canturreo del profesor mientras segaba su enmarañada barba.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE DEL DÍA

LAS predicciones del profesor Ferrer resultaron ciertas. Maruja Goyoaga no pudo ver una sola mosca en las dos semanas que duraron sus vacaciones. En realidad, el término semana carecía de significado en un mundo donde se desconocía el día.

Raab, la más reciente conquista de los terrícolas, comprendía todas las tierras y océanos encerrados en el interior del gigantesco planeta Solima. Un sol eléctrico brillaba en mitad del espacio, exactamente en el punto donde las fuerzas gravitatorias se neutralizaban, y sus rayos, cayendo oblicuamente sobre todos los continentes, océanos e islas que le rodeaban, alumbraban un día eterno…

No. Los habitantes de Raab no conocían la noche, pero computaban el transcurso del tiempo con sus relojes terrestres y llamaban día a la suma de veinticuatro horas y semana al conjunto de siete días contados según la medida del tiempo de la Tierra. La vida así resultaba muy chocante para los que llegaran por primera vez a Raab, bien procedentes de la parte exterior de la cáscara que encerraba este mundo, bien de Redención o del autoplaneta *Valera*, sitios todos estos donde la jornada se dividía en días y noches más o menos largas.

Ciertamente, lo primero que hizo Maruja Goyoaga nada más llegar a Raab no fue tenderse a la sombra de un árbol para entregarse a la contemplación del vuelo de las exóticas aves de aquel mundo. Su curiosidad le llevó a visitar diversos puntos del país, maravillándose de los notables progresos realizados por sus compatriotas.

Asombraba pensar que, hacía solamente cinco años, Raab era un país inexplorado, selvático y apenas poblado por unas gentes que vivían en plena Edad Antigua. Todavía en la actualidad existían en el corazón de los vastos continentes tribus salvajes, que, a sólo dos pasos de la supercivilización de los terrícolas, vivían en el más absoluto de los primitivismos.

Pero esto era una excepción, natural por demás en un país extraordinariamente joven. En general, la faz de Raab había sufrido un cambio completo: tan repentino que todavía era frecuente ver junto a un aerodinámico automóvil, una antigua carreta tirada por bueyes, y junto a una miserable aldea de chozas un maravilloso rascacielos de 200 pisos.

Los 1.000 millones de terrestres llegados a Raab cinco años atrás habían trabajado con tanto entusiasmo, que nunca un país fue colonizado, civilizado y explotado con tanta rapidez y provecho como éste. Gracias a los prodigiosos adelantos mecánicos y científicos que poseían, los terrestres habían logrado realizar en Raab proezas jamás igualadas por ningún otro pueblo conquistador.

Lo primero que hicieron los colonizadores fue levantar una gigantesca ciudad fabril en las proximidades de un rico yacimiento de mineral de hierro. La poderosa industria terrestre fabricó allí mismo abrumadoras cantidades de rieles, traviesas y locomotoras, máquinas y cerebros electrónicos que inmediatamente empezaron la verdadera conquista de Raab.

Irradiando en todas direcciones como los tentáculos de un pulpo, avanzaron las máquinas taladradoras, excavadoras y terraplenadoras que dejaban tras si un kilómetro de doble vía perfectamente tendida por cada hora de trabajo. A lo largo de aquellas vías iban brotando nuevas fábricas, nuevos yacimientos de minerales diversos y nuevas ciudades de las que partían nuevas líneas férreas y magnificas autopistas.

Maruja vio todo esto, visitó pueblos en formación, donde uno o dos magníficos rascacielos se levantaban rodeados de tiendas de campaña y chozas donde se guarecían del sol los futuros pobladores de la todavía naciente urbe, y fue a reunirse con sus padres y hermanos en Buenavista, capital provisional de Raab que ya contaba con tantos habitantes, rascacielos y automóviles como el Nueva York del siglo XX en el planeta Tierra. Mientras Maruja

descansaba de sus correrías rodeada de familiares y amigos, la guerra proseguía en el exterior, más allá de la corteza del planeta que aislaba este mundo-concha del resto del Universo.

La noticia de que la humanidad de silicio iba a ser prontamente aniquilada gracias al invento de un sabio llamado Octavio Ferrer, había cundido por todo Raab despertando general curiosidad hacia el hombre que repentinamente se destacaba de la masa del pueblo.

Como ocurría siempre en estos casos, la gente quiso conocer las intimidades del recién surgido personaje, ver su imagen en las pantallas de televisión y escuchar el timbre de su voz. Pero cosa extraña, nadie parecía saber dónde se encontraba el sabio.

Fue entonces cuando apuntó en la cabecita de Maruja Goyoaga la diabólica idea de descubrir el refugio del héroe, lanzando sobre la tranquila "villa" donde se ocultaba la popular figura de don Octavio Ferrer, una turba de periodistas armados de cámaras cinematográficas, todos ansiosos de ser los primeros en llegar y en alcanzar a su vez renombre dando a la publicidad el primer reportaje sobre el notable personaje.

Pero pensándolo mejor, Maruja guardó el secreto. Lanzar sobre la quinta de don Octavio Ferrer una tropa de periodistas podía resultar al fin una triste venganza. Como todos los seres humanos de esta era, donde sólo muy pocos alcanzaban renombre, el profesor "posaría" muy gustoso ante las cámaras de los reporteros y haría declaraciones "sensacionales" atribuyéndose todo el mérito de la próxima derrota de los hombres de cristal. En resumen: don Octavio Ferrer obtendría más gloria que motivos de disgusto del "chivatazo" de Maruja. Y Maruja no deseaba en modo alguno contribuir a la felicidad de don Octavio.

En consecuencia decidió ir personalmente a Signé, buscar la quinta del profesor y comprobar por sus propios ojos qué cosa podría fastidiar más al sabio: si descubrir su tranquilo retiro o dejarle en paz, ignorante de la gloria que iría marchitándose a medida que pasaran los días y se enfriara el entusiasmo del populacho.

Signé no estaba demasiado lejos de Buenavista. Sólo cinco años atrás, Signé era la capital del reino de su nombre, populosa urbe de la cual partían las caravanas hacia el interior inexplorado del continente y las galeras que surcando los misteriosos mares

comerciaban con otras naciones lejanas.

Signé había sido respetada por los terrícolas. Ni una sola piedra de sus murallas o sus magníficos templos y palacios fue movida de su sitio. Allí, la vida continuaba casi exactamente igual que antes de llegar la civilización terrestre. Sus primitivos habitantes tardarían bastantes años en aceptar como cosas naturales las portentosas maravillas de que eran portadores los conquistadores.

Maruja Goyoaga se agenció un automóvil eléctrico y partió en dirección a Signé por la vieja ruta imperial construida con grandes bloques de granito. La "vía" por la cual transitaran durante siglos las legiones raabitas discurría entre bosques de lujuriante vegetación, en los cuales no había resonado todavía el golpe del hacha. El viaje fue una delicia y la muchacha estuvo pronto a la vista de Signé, cuya monumental acrópolis, enclavada en lo alto de la colina que dominaba la ciudad, brillaba al sol por encima de los árboles.

Un magnifico puente colgante, todo él construido de acero saltaba sobre el caudaloso río en cuya rada se levantaba la ciudad. El puente, desde luego, no era una muestra de la civilización raabita, sino un regalo de la ingeniería terrícola a los habitantes de Signé y a los automovilistas que por este lado llegaban hasta la hermosa ciudad. Por debajo del puente deslizábanse suavemente las toscas galeras de la flota mercante de Signé, prehistóricas trirremes que ahora navegaban impulsadas por motores eléctricos. En cuanto la naciente industria terrícola pudiera cubrir todos los pedidos de nuevo material, aquellas galeras pasarían a ser piezas de museo que asombrarían a las futuras generaciones. Mientras tanto, seguirían prestando servicio. Era a modo de propaganda del poder y la inteligencia de los conquistadores. Los indígenas iban acostumbrándose poco a poco a la maravilla de navegar solamente con apretar un botón que despertaba de su sueño al monstruo metálico que los diablos extranjeros les habían colocado en la cala de sus naves. Se necesitaban pilotos de pelo en pecho, verdaderamente valientes, para atreverse a navegar en unos barcos que se movían a "tremenda" velocidad sin necesitar de remos ni de viento.

Los contrastes comenzaban con el puente y continuaban más allá de las murallas de Signé. Aunque los terrícolas habían respetado la

fisonomía de la ciudad y las sencillas costumbres de sus habitantes, ni la ciudad ni sus moradores habíanse conformado a continuar en su sedentario primitivismo después de establecer contacto con las innovaciones traídas por los “diablos extranjeros”.

El sol de Raab era demasiado fuerte y brillante para los terrícolas. Éstos habían hecho de los cascos de corcho y de las gafas ahumadas objetos de uso corriente. Pero los nativos no querían ser menos. Así se daba el chocante y frecuente caso de ver a todo un guerrero imperial, con coraza de bronce, coturnos, lanza y escudo, tocado con blanco salacot o enmascarado tras unas grandes gafas ahumadas.

Los autómatas eléctricos eran todavía poco numerosos en las amplias avenidas de Signé, y casi todos pertenecían a gentes que habían hecho de la capital su lugar de veraneo. Los terrícolas tenían una especie de consulado en la plaza Grande de Signé. Maruja detuvo su coche ante el Consulado y entró para indagar el paradero del profesor Octavio Ferrer.

—¿Es usted periodista? —le preguntaron en la oficina.

—No. Soy una de las ayudantes del profesor. Él me indicó que vendría a pasar unas vacaciones en una villa que le había regalado el Gobierno por los alrededores de Signé.

—Debió de cambiar de idea a última hora —le aseguraron con aplomo—. El profesor no vino a Signé.

—¿Podrán indicarme al menos dónde está su casa?

—¡Cómo! ¿Pero no nos cree usted? —protestó la muchacha que le atendía.

—No —repuso Maruja concisamente. Y luego añadió—: Es inútil que traten de engañarme. Si no me indican dónde puedo encontrar la villa del profesor, entenderé que lo ocultan porque él está allí. Y si el señor Ferrer está en su quinta, yo encontraré la casa más pronto o más tarde. Todo es cuestión de tiempo.

La muchacha del Consulado dio inconfundibles muestras de estar apurada.

—Bueno, el caso es… —balbuceó—. El profesor prohibió terminantemente que nadie fuera a molestarle… Claro que si usted es su ayudante, y puesto que de todas formas sabe que está aquí… Lo único que puedo hacer por usted es llamarle por teléfono y preguntarle si querrá recibirla.

—Hágalo —repuso sonriendo Maruja. Y mientras la muchacha se alejaba añadió—: Dígale que si se niega a recibirme esparciré a los cuatro vientos la noticia de que se oculta aquí.

La actitud de Maruja Goyoaga carecía de lógica en estos instantes. ¿No detestaba al profesor? ¿No había venido exclusivamente para averiguar si su aislamiento era voluntario o casual? ¿Y no sabía ya que don Octavio había prohibido que se le molestara? En tal caso… ¿qué más necesitaba?

Indudablemente, la joven ingeniero era víctima del virus de curiosidad que envolvía la persona del profesor Ferrer. Ella no lo comprendió así, porque además no tuvo tiempo. Apenas había transcurrido un minuto cuando la muchacha volvió a presentarse llevando en la mano una tarjeta donde iba consignada la dirección de la villa del profesor.

—Don Octavio dice que tendrá mucho gusto en recibirla —dijo.

—Seguramente le dijo usted…

—No. No le dije lo de los cuatro vientos —dijo la muchacha sonriendo—. No hubo necesidad.

Maruja regresó a su automóvil. Preguntó a un par de nativos por la dirección que llevaba apuntada en la tarjeta y partió hacia allá. Unos minutos más tarde trasponía las murallas y se detenía ante la puerta de una tapia sobre la cual sobresalían las copas de los árboles.

Debían estar esperándola. Una muchacha indígena corrió a abrirle y le acompañó a lo largo de una alameda bordeada de bellas estatuas hasta un magnífico jardín.

—¡Eh, señorita Goyoaga! —llamó una voz.

Maruja se volvió. Vio a un joven alto y esbelto que, en mangas de camisa, escardaba las hierbas de un arriate. El hombre le hacía señas de que se acercara. Había algo vagamente familiar en la figura de aquel joven. Cuando estuvo más cerca, Maruja comprobó que era muy guapo y tenía una sonrisa muy simpática.

—¡Diablo! —exclamó el joven saliendo del arriate y tendiendo su diestra a Maruja—. ¡Lo que menos me figuraba yo es que iba a volverla a encontrar… y precisamente en mi propia casa!

La voz, así como las palabras del hombre, hicieron comprender a la muchacha algo realmente sorprendente. ¡Aquel joven era el profesor Ferrer! No cabía duda y, sin embargo, Maruja vaciló

todavía temiendo darse una plancha.

—¿Es usted realmente don Octavio… o algún hermano de él? —balbuceó mientras el hombre le estrujaba la mano.

—¡Vaya! —exclamó el joven riendo—. ¿A qué no me ha reconocido? ¡Pues claro que soy Octavio! Naturalmente, cuando usted vino a Ciudad Mecano a trabajar con nosotros, yo llevaba ya aquella inmunda barba que no me rapé hasta que usted se marchó.

Maruja Goyoaga contempló a su jefe llena de estupor.

—Parece que la he defraudado —rió Octavio enseñando sus blancos dientes.

—¡Oh, no! —protestó Maruja—. Es que… Bueno, nunca sospeché que fuera usted tan… tan…

Maruja enrojeció sin decidirse a soltar la palabra. Octavio, sin embargo, pareció leer en sus ojos, y entonces fue él quien enrojeció como un colegial. Ambos quedaron confusos y cortados durante unos minutos. Él fue el primer en recobrar el aplomo y volvió a sonreír de aquella forma que tanto admiraba a Maruja.

—Venga —dijo asiéndola del desnudo brazo y echando a andar hacia la casa—. Precisamente no hace dos horas que estaba pensando en usted. ¿Cómo se le ocurrió venir a verme?

—Estaba cerca de aquí, en Buenavista. Me dije: ¿Por qué no vamos a fastidiar al profesor Ferrer en su tranquilo retiro de Signé? Y aquí estoy…

Octavio rió feliz. Porque realmente empezaba a cansarse de esta soledad y porque estaba muy lejos de sospechar que, envuelta en su acento campechano desenfadado, su linda ayudante le decía la pura verdad.

—Ya me extrañaba a mí que le hubieran a usted llevado tan pronto la notificación —dijo Octavio—. Porque apenas hace tres horas que conferencié con el Estado Mayor General.

—¿Notificación? —repitió Maruja cuando subían los escalones que llevaban al atrio de la casa romana—. ¿Qué notificación es esa?

—Ocurre algo muy lamentable —dijo Octavio haciendo una mueca contrita—. Figúrese que el Ejército quiere que seamos nosotros, los que construimos los cohetes, quienes vayamos en persona a dispararlos contra el sol ultravioleta del Reino de Silicio.

—¿Qué dice? —exclamó Maruja deteniéndose bajo el pórtico de la villa—. ¿Que nosotros…? ¡Vamos; supongo que se habrá negado!

—¿Cómo podría negarme? —refunfuñó el profesor—. No nos ruegan que acompañemos a la expedición, sino que nos lo mandan. ¿Entiende usted? Nos ordenan que vayamos y, naturalmente, no hay manera de negarnos. Siempre temí que ocurriera esto, la verdad era que me preocupaba el final que tendrían nuestros proyectiles… ¡Figúrese usted que un puñado de imbéciles, sin la menor idea de cómo se manejan estos artefactos, echa a perder todos nuestros sacrificios! Tardaríamos seis meses más en fabricar otros mil quinientos proyectiles, y en este tiempo. ¡Dios sabe las cosas que podrían ocurrir!

A Maruja Goyoaga le seducía muy poco la perspectiva de visitar Redención.

—¿No se habrá ofrecido usted voluntario para ir al Reino de Silicio? —interrogó con suspicacia.

—Le diré —repuso Octavio con franqueza—. Pensaba pedir al Estado Mayor que se me confiara la dirección del lanzamiento. Pero, desde luego, nunca se me ocurrió complicar a los que fueron mis ayudantes.

Maruja hizo un mohín ambiguo.

—¿No me cree? —preguntó Octavio desconsolado.

Ella tardó en contestar.

—Bueno —dijo finalmente—. De todas formas tanto da. Sea quien fuere el instigador de la idea, el caso es que no podemos negarnos a ir, ¿verdad?

—Me temo que no.

—Entonces, ¿a qué hacernos reproches? Iremos si no hay más remedio.

Y exhalando un suspiro de resignación, Maruja Goyoaga entró en la casa.

—Se quedará a comer, naturalmente —dijo Octavio—. Luego descansará unas horas hasta que llegue el momento de partir hacia *Valera*.

—¿Pero tan adelantados están los planes que hemos de salir hoy mismo? —exclamó Maruja sorprendida.

—Sí, muy adelantados. Permaneceremos en *Valera* algunos días ultimando los preparativos, y en seguida saldremos hacia Redención.

Maruja Goyoaga se encogió de hombros con gesto fatalista.

CAPÍTULO III

PREPARATIVOS DE INVASIÓN

MARUJA Goyoaga estaba sorprendida. No comprendía cómo pudo parecerle aborrecible un hombre tan simpático como el profesor Octavio Ferrer. En las horas que permaneció en la "quinta" del sabio, atendida y agasajada con exquisitez, la joven tuvo que preguntarse muchas veces si era éste el mismo hombre que en Ciudad Mecano era generalmente detestado por su brusquedad, su tiranía y su intolerancia para con los pequeños errores de cuantos trabajaban bajo sus órdenes.

Fuera del ambiente en que Maruja le conociera, el profesor era un muchacho encantador, simpático, afable y hasta ocurrente. Habíase instalado confortablemente en la villa que le regalara el Gobierno como premio a sus trabajos. Octavio había hecho traer todo cuando un hombre civilizado necesitaba para sentirse verdaderamente cómodo en una casa construida con arreglo a los cánones que regían la arquitectura y la vida doméstica del antiguo imperio. El calentador para el agua del baño, los trebejos de cocina, los aspiradores y muchas cosas más funcionaban por electricidad. La sólida cama romana tenía colchón neumático, los ventiladores desataban un huracán en todas las estancias y, por este estilo, había constantemente en marcha un aparato magnetofónico que desgranaba sin interrupción las mejores melodías compuestas en largos siglos.

—Naturalmente —dijo Maruja señalando un aparato de televisión que se veía cerca de una Venus ligera de ropa— debe estar enterado de que la gente se muere de curiosidad por conocerle a usted.

—Sí —repuso Octavio sin inmutarse—. Me he reído mucho escuchando la sarta de disparates que se cuentan sobre mi infancia y mi adolescencia. Nunca fui un niño precoz como aseguran por ahí. Por el contrario; era bastante torpón y siempre ocupé el último lugar de la escuela.

—No fue eso lo que dijo cierto maestro suyo que fue llamado a comparecer ante las cámaras de televisión.

—Naturalmente que no lo dijo. Aquel pobre maestro fue expuesto a la curiosidad de la gente para que dijera cosas sorprendentes de mí. El público es ciego y estúpido. Si el modesto maestrillo hubiera dicho cosas desagradables, le hubieran apaleado al salir de la emisora tachándole de falso, de embustero y de envidioso por la fama de su discípulo.

Maruja contempló pensativa al sabio.

—También vi a su madre de usted en un programa televisado —advirtió—. Su madre dijo…

—¡Pobre mamá! —rió Octavio—. ¿Qué quería usted que dijera una madre de su hijo? Me saltaron las lágrimas al verla por televisión y oírla mentir con tanta ingenuidad… Todas mis travesuras de chicuelo las interpreta la pobre como genialidades de un carácter indómito y perspicaz. No había ninguna precocidad en mis calamidades infantiles. Era un chico como todos los demás, se lo aseguro.

De sorpresa en sorpresa, Maruja se maravilló del empeño de su jefe en convencerla de la vulgaridad de su persona.

—No lo comprendo —murmuró la muchacha mientras comían bajo la sombra de un emparrado en la galería de la “quinta”—. Precisamente nuestra Era se caracteriza por el afán que todo hombre y mujer sienten por destacarse de los demás. Las máquinas trabajan por nosotros y nos proveen de alimentos, de vestidos, de calzado, de casas e incluso de todas esas superfluidades llamadas “lujo”. La gente se aburre a lo largo de doscientos años de su vida y trata de distraerse practicando todos los deportes y las artes. La misma superabundancia de futbolistas, atletas, pintores, escritores y artistas de televisión hace que sólo muy pocos entre muchos millones de seres destaquen hasta el punto de que sus nombres sean conocidos de todo el mundo. En otros tiempos, el nacimiento, la educación y el dinero eran privilegio de unos cuantos. La gente

luchaba por atesorar riquezas, que eran las llaves que abrían todas las puertas hacia las comodidades y el lujo… Hoy en día todos somos iguales desde la cuna. Tenemos cuanto necesitamos para vivir regaladamente. Los almirantes, los sabios, los artistas famosos… ¡nadie cobra por sus actividades! Ha desaparecido la lucha por el dinero… pero queda el ansia de notoriedad. Todos nos sentimos tristes de la falta de oportunidades que distingue nuestra época. La suerte ya no cuenta en el destino de las personas. Todos recibimos iguales enseñanzas, y sólo aquellos que verdaderamente valen sobresalen de la masa por su inteligencia y sus creaciones. ¡Pero hay tanta gente que vale hoy en día! ¡Tantos sabios, artistas, soldados…! La inmensa mayoría de nosotros desfallecemos al sólo pensar en la furiosa competencia que encontramos allá donde intentamos dirigir nuestras actividades. Ansiamos ardientemente dejar de ser una simple cédula de letras y de números, dar a conocer nuestros nombres, nuestras caras, nuestras vidas íntimas… pero ¡es tan difícil encaramarse esa montaña de competidores! Y aquí está usted, profesor Octavio Ferrer Vicent, un nombre y dos apellidos que acaban de aparecer en el firmamento de la fama para recibir los aplausos y la admiración de la masa. ¿Y qué ocurre? Que usted se alza de hombros y deja pasar indiferente la oportunidad por la que mil millones de seres suspiran toda su vida.

Octavio Ferrer sonrió mientras despedazaba con el trinchante y el cuchillo un dorado faisán indígena.

—No irá a creer usted que yo di con la manera de aniquilar a nuestros enemigos solamente por alcanzar la fama, ¿verdad? —dijo.

—Claro está que no. Usted encontró la fórmula mientras buscaba la manera de ganar la guerra; pero si con la satisfacción de haber acertado se le ofrece la dicha de ser un hombre famoso, ¿por qué rechazarla?

—No soy más dichoso ahora que antes por el mero hecho de ser conocido —repuso Octavio con gravedad—. La satisfacción de haber hecho algo realmente valioso por mi pueblo es un premio más que suficiente a todas mis fatigas y sinsabores. La popularidad, en cambio, me molesta. No me gusta verme mirado como un bicho raro, ni que la gente haga una disección de todos mis actos y aficiones. Mi vida íntima es sólo mía. Me pertenece y no tolero que nadie fisgonee en ella. Si los reporteros invadieran mi casa con sus

condenadas cámaras cinematográficas, puede que llegara a sentir el haber hallado el modo de vencer a los hombres de silicio.

Maruja Goyoaga espió la expresión de la cara del sabio sospechando una falsa modestia del personaje. Pero Octavio decía la verdad por muy sorprendente que esto pareciera. Más aún; a Octavio le molestaba aquella conversación. Esto resultaba tan evidente que la muchacha no volvió a insistir sobre el tema por miedo a caer en desgracia ante el ídolo popular. Este temor a granjearse la antipatía de un hombre al que sólo unas horas atrás todavía detestaba, era también algo nuevo en Maruja.

Después de la comida, Maruja se retiró a la habitación que le habían preparado y durmió ocho horas de un tirón. Desayunó en compañía de Octavio Ferrer y luego salieron en el automóvil de ella hacia Buenavista, donde Maruja quería detenerse unos momentos para despedirse de sus padres y hermanos.

—Venga a mi casa —propuso Maruja—. Mis padres y mis hermanos se alegrarán mucho de conocerle.

—Discúlpeme si no la acompaño —se excusó el joven sabio—. La esperaré en el aeródromo.

Maruja fue a su casa. Una hora más tarde se reunía con Octavio Ferrer en el crucero sideral que estaba para zarpar rumbo al autoplaneta *Valera*.

El autoplaneta *Valera*, maravilla del Universo, gravitaba a 5 millones de kilómetros del planeta Solima como un satélite circunstancial de éste. Con un tamaño ligeramente inferior que el de la Luna (satélite del planeta Tierra), *Valera* era un auténtico planetillo que, al igual que los dos colosos de aquella galaxia, Redención y Solima, estaba hueco, pero no formado de simples rocas y tierras como sus hermanos mayores, sino de un mineral llamado “dedona”.

El ingenio de los expatriados terrestres que llegaron a esta galaxia para colonizar sus planetas habíase aprovechado de la naturaleza de *Valera* para hacer de él un autoplaneta: es decir, un planetillo capaz de sustraerse de todas las leyes de la mecánica celeste y surcar el Cosmos a velocidades iguales a las de la luz.

En el mundo interior de *Valera*, los terrestres habían colocado un sol artificial, especie de lámpara gigantesca que daba luz y calor a la vida allí cobijada. Formidables baterías de generadores atómicos

electrificaban toda la masa de *Valera*, haciendo así que éste se sustrajera a la fuerza de atracción del Sol, gigantescas baterías de eyectores de partículas ionizadas dotaban al pequeño mundo de la fuerza de reacción necesaria para impulsarle por el espacio y en la dirección que sus tripulantes desearan.

El hombre no podría construir jamás por medios artificiales un vehículo interplanetario tan gigantesco ni sólido como éste. Dentro de *Valera* se alzaban veinte populosas urbes pobladas por un total de cerca de cien millones de habitantes, a más de otros pueblos menores donde la existencia se deslizaba con tanta normalidad como si estuvieran enclavados en la superficie del propio planeta Tierra. Limpios lagos y extensos y exuberantes bosques poblados de aves y animales, contribuían a hacer de este mundillo un retazo del Paraíso que perdió el hombre.

Pero *Valera* no era un Edén para regalo y dicha de sus poseedores, sino una auténtica máquina de guerra, la más gigantesca de cuantas la inteligencia del hombre construiría jamás. *Valera* era a la vez unidad combatiente y base de la poderosa Armada Sideral redentora. Esta Armada, acrecentada en los últimos tiempos por necesidades imperiosas de la guerra con la humanidad de silicio, ascendía en la actualidad a cinco millones de aeronaves siderales agrupadas en cincuenta flotas y cien mil buques cada una. Representaban el mayor esfuerzo realizado por la industria bélica terrestre y todas sus unidades iban acorazadas de dedona.

Pero aquellos cinco millones de aeronaves no eran el único exponente del formidable esfuerzo realizado por la industria pesada de los terrestres en los últimos cinco años. También el Ejército creció en este tiempo multiplicando el número de sus blindados, máquinas "robot", proyectiles teledirigidos y todas las demás armas que intervenían en las temibles guerras mecanizadas de la Era Trasatómica. En otros aspectos, los preparativos de invasión habíanse desarrollado también en forma asombrosa, aunque con menos aparato.

Don Tomás Angulema, notable geólogo que, sin ser militar, iba a dirigir los trabajos de perforación hacia el Reino de Silicio, viajaba en el mismo crucero que Maruja Goyoaga y Octavio Ferrer y tenía algo que decir al respecto:

—Cuando se dé la voz de marcha, la tremenda máquina bélica

que hemos estado montando estos años se pondrá en movimiento hacia Redención. No soy militar y desconozco todo lo relativo a la táctica, pero creo sinceramente que nadie será capaz de detenernos.

—Tengo entendido que para llegar al Reino de Silicio no vamos a utilizar ninguno de los túneles naturales que existen en Redención, sino a abrir uno nuevo —dijo Maruja—. ¿Es cierto eso?

—Sí —afirmó don Tomás Angulema—. En cuanto pongamos pie sobre Redención, los hombres de cristal procederán, como es lógico, a volar con explosivos todos los corredores que nosotros pudiéramos utilizar. Entre retirar los escombros, corriendo el riesgo de que estallen otras bombas puestas allí por el enemigo y abrir un nuevo túnel, hemos optado por lo último.

—Aún a riesgo de que el enemigo hubiera puesto trampas a lo largo de los túneles cerrados, ¿no se adelantaría más retirando escombros que perforando un nuevo túnel?

—No lo crea —repuso el geólogo moviendo su cabeza gris—. Los túneles que desde la superficie de Redención conducen al Reino de Silicio son, sin excepción, estrechos y tortuosos. El camino que nosotros abramos en la corteza del planeta será impecablemente recto, y por lo mismo mucho más corto. Teóricamente, un observador que se asome al pozo que nosotros abramos debería ver en el fondo el sol ultravioleta que anima al Reino del Silicio.

—¡Pero eso significa un esfuerzo gigantesco! —exclamó Maruja —. ¿Qué espesor tiene la corteza de Redención?

—Varía según los puntos. En el lugar donde nosotros vamos a perforar esa corteza tiene un espesor de quinientos kilómetros.

—¡Nunca sospeché que fuera tanto! ¿Saben lo que significa abrir un pozo que tenga mil kilómetros de profundidad?

—¿Me lo pregunta a mí? —repuso el geólogo con sorna.

Maruja enrojeció.

—Quiero decir que…

—Sé lo que quiere decir —sonrió el profesor Angulema—. Le asusta pensar en las proporciones de esta magna obra. En efecto, salvando quizás las obras de ingeniería que se llevaron a cabo durante la transformación de *Valera* en un autoplaneta, esta es la excavación más grande que se ha realizado en un solo punto y de una sola vez. Un túnel o pozo que tenga un kilómetro de diámetro y quinientos kilómetros de longitud, representa un volumen de

trescientos noventa y dos kilómetros cúbicos de tierras. Hemos calculado que el polvo extraído de la excavación formará alrededor del agujero una montaña de cuatro mil metros de altura.

—¡Cielo santo! —exclamó ahora Octavio—. ¿Y esa montaña de polvo la tenemos que levantar nosotros?

—¿Qué remedio? —gruñó el profesor encogiéndose de hombros.

—¡Se necesitarán años para terminar esa obra… si es que se termina alguna vez! —arguyó Maruja.

—¡Oh, no! —protestó el geólogo—. Trabajando en las peores condiciones, es decir, perforando continuamente sobre peña viva, no invertiremos más de seiscientas setenta horas, o sea, menos de un mes en la medida del tiempo de la Tierra.

—¡Diantre! —murmuró Octavio—. ¿Está usted seguro que podremos hacerlo en un mes?

—Si la Armada nos abre paso hasta Redención y el Ejército nos protege mientras trabajamos, sí. Estoy seguro de poder hacerlo en ese tiempo. Contamos para ello con la mejor maquinaria fabricada hasta ahora, máquinas perforadoras enteramente construidas de dedona que envían por delante miles de finísimos chorros de electrones que actúan sobre la peña más dura a la manera de pequeñísimos punzones y la convierten en polvo. Un gigantesco ventilador situado a popa impulsa la polvareda hacia arriba. En pos de las taladradoras irán descendiendo otros gigantescos ventiladores que se lanzaran el polvo unos a otros hasta que este salga por la boca del pozo con extraordinaria fuerza. En total, unas siete mil máquinas ventiladoras tomarán parte en la labor. La violencia del huracán que desencadenen será tal que, no sólo al polvo, sino también a cualquier persona situada en el fondo del pozo la levantarían en alto arrojándola fuera. Un centenar de gigantescos compresores mandarán el aire comprimido hacia abajo por medio de dos grandes tuberías laterales que se irán alargando. Hemos contado también con la posibilidad de encontrar algunas corrientes de agua subterráneas mientras perforamos. Llevaremos máquinas que convertirán el agua de los ríos subterráneos en hielo para que el líquido no eche a perder nuestra labor.

Maruja y Octavio intercambiaron una mirada de asombro.

—Desde luego —dijo el geólogo como respuesta a aquella mirada de sus oyentes—. Lo hemos previsto todo para que la tarea

no se interrumpa ni un segundo. Las máquinas fueron construidas de forma que garantizaran su perfecto funcionamiento sin averías, más aún, si alguna máquina fallara sería reemplazada inmediatamente por otra.

—Será una cosa digna de ver cómo trabajan ustedes en ese pozo —dijo Octavio.

Don Tomás Angulema pensaba exactamente igual y continuó hablando por mucho tiempo sobre los pormenores de la gigantesca empresa que iba a dirigir. Mientras tanto, el crucero sideral devoraba millares y millares de kilómetros acercándose con rapidez a *Valera*. Desde un millón de kilómetros de distancia y con auxilio del potente telescopio de a bordo, era posible ver con toda claridad el planetillo así como el enjambre de buques siderales "anclados" en el espacio a la espera del momento en que se daría la orden de avanzar sobre el planeta Redención.

Las unidades de la Armada redentora eran de cuatro tipos: destructores, cruceros, acorazados y navíos de transporte y desembarco. Los buques de combate adoptaban respectivamente las formas de tiburones, esturiones y ballenas de la fauna ictiológica terrestre. Los navíos de desembarco eran gigantescos discos, algunos de los cuales medían hasta 20 kilómetros de diámetro por tres o cuatro de grosor. Su misión consistía en posarse sobre la superficie del planeta echando a tierra la maquinaria de los zapadores y los blindados e infantería automática del Ejército.

—Bueno —murmuró Octavio viendo los formidables preparativos concentrados en torno a *Valera*—. Esto parece que va en serio. Si en la próxima campaña no reconquistamos Redención, es probable que perdamos toda ocasión de hacerlo más tarde.

—Cierto —apoyó el profesor Angulema—. Esos diabólicos hombres de silicio son por días más fuertes. Sin duda organizaron una industria pesada formidable mientras nosotros estábamos ausentes.

Callaron mientras el crucero que les llevaba pasaba a través de una densa formación de gigantescos discos volantes y se acercaba a la superficie de *Valera*. Poco después, una negra pupila se abría en la costra del planetillo. El crucero redujo su velocidad y penetró por aquel agujero. Unos minutos más tarde, Maruja Goyoaga y Octavio Ferrer se veían volando sobre uno de los verdes y tranquilos lagos

del interior de *Valera*.

El aspecto de *Valera* había cambiado algo durante sus vacaciones de quince días. Prácticamente, el sol artificial desaparecía oculto tras las nubes de cruceros y acorazados anclados en el aire.

La actividad era enorme en cuanto alcanzaba la vista. El espacio estaba lleno de falúas, pequeñas aeronaves que iban y venían desde las unidades de combate a tierra llevando almirantes, vicealmirantes, contraalmirantes, jefes de unidad y tripulaciones de un lado a otro.

Por las magníficas autopistas que atravesaban los bosques desfilaban interminables columnas de infantería automática, máquinas nuevas, recién salidas de los arsenales y las fábricas, en ruta hacia la cara exterior de *Valera*, donde serían embarcados a bordo de los discos volantes de la Armada.

El aspecto de estas columnas de infantería moviéndose a lo largo de las carreteras era algo que infundía pavor y asombro a la vez. Los soldados "robot", en contra de lo que al hablar de ellos se pudiera suponer, no tenían el tamaño ni la forma de los seres humanos. La experiencia había demostrado que la figura humana no era la que mejor se adaptaba al terreno bajo las explosiones de las bombas atómicas. Los soldados "robot" que veían desde el crucero eran a modo de grandes tarántulas metálicas que se movían con extraordinaria ligereza sobre sus tres pares de patas. Vistas desde el aire parecían una interminable procesión de arañas desfilando en un orden y ritmo que erizaba los cabellos.

También se veían aquí y allá unidades de blindados que seguían la misma ruta de la infantería, por el aire. Estos blindados eran esferas de dedona que combatían sin posarse en tierra. También por el aire navegaban densas formaciones de discos volantes pequeños en cuyo centro se erigía una cúpula de la que sobresalían los gigantescos cañones. Eran plataformas lanzacohetes, artillería antitanque.

Al desembarcar en Ciudad Mecano, en cuyos alrededores estaban concentrados los proyectiles cohete construidos por Octavio Ferrer, el joven sabio tenía la percepción de que iba a presenciar algo grandioso, emocionante y terrible a la vez: la invasión del planeta Redención.

CAPÍTULO IV

SALIDA HACIA REDENCIÓN

EN el espacio de breves horas, todos los ingenieros que tomaron parte en la construcción de los 1.500 proyectiles cohete del profesor Ferrer estaban reunidos en Ciudad Mecano. Sin embargo, la “División X” —nombre con que se designaba al equipo de ingenieros y cohetes— no se pondría en movimiento hacia Redención hasta más tarde, esto es, cuando los zapadores estuvieran arañando los últimos kilómetros de roca hacia el Reino de Silicio.

—El Estado Mayor General —informó Octavio a sus ayudantes— es del parecer que permanezcamos a cubierto en *Valera* en tanto no llegue la hora de bajar hasta el Reino de Silicio.

Los ingenieros celebraron unánimemente esta disposición del mando, que les confería un mes de descanso lejos de los torpedos aéreos del enemigo.

Poco después, el autoplaneta *Valera* ponía en marcha sus poderosos reactores atómicos volando rumbo a Redención. Con él arrastraba a los enjambres de buques siderales y discos volantes que permanecían en el exterior.

En el momento de zarpar, la atmósfera de *Valera* parecía haberse espesado de pronto. El ambiente estaba cargado de electricidad. Las gentes hablaban con estridencia y movíanse con nerviosismo. La trascendencia de las horas que se aproximaban ocupaba por entero las mentes y los corazones de 1.100.000.000 de seres humanos para quienes la aventura podía significar la victoria o la ruina.

Ciudad Mecano era ahora una urbe desierta y silenciosa. Los millares de hombres y mujeres que durante seis meses trabajaran allí habían sido evacuados a Solima, donde iban a ser empleados en

otras fábricas de armamentos recién construidas. Porque en las entrañas de Solima también habíanse descubierto importantes yacimientos de dedona, el maravilloso metal del cual se fabricaban todos los instrumentos bélicos.

El hallazgo de dedona en la masa de Solima era, a la vez, un acontecimiento estupendo y trágico. Hasta ahora habíase creído que *Valera* era la única fuente de dedona de esta galaxia. Hoy se sabía que no sólo *Valera*, sino también Solima y Redención, poseían el metal. Y esto era lo trágico. La humanidad de silicio podía fabricar buques de guerra tan poderosos como los terrícolas; tal vez más poderosos y más numerosos también. Y si los terrestres no derrotaban a las fuerzas armadas de silicio y aniquilaban a la humanidad rival, esta guerra podía alargarse indefinidamente y acabar con la expulsión de la raza terrícola de la galaxia.

Era por demás natural que los millones de seres humanos que vivían estos trágicos días sintieran preocupación a la hora de dar comienzo la aventura. Si la expedición fracasaba era dudoso que pudiera repetirse. Los terrestres tendrían entonces que vivir esclavos de una guerra que absorbería todas sus horas y esfuerzos. Porque en esta guerra el hombre sólo tomaba una pequeña parte activa. Eran las máquinas quienes combatían contra otras máquinas. Pero aquellas máquinas eran sumamente complicadas y costosas y los terrestres veían acercarse el día en que tendrían que trabajar como bestias en la fabricación de millares… millones de máquinas de guerra, para lanzarlas en seguida a las insaciables fauces de una guerra larga y ruinosa.

Ninguna nación de las que existían en el mundo en el siglo XX hubiera sido capaz de soportar los gastos de un conflicto armado de esta índole. Traducido a dinero, un solo torpedo automático de los que a millones se utilizaban en los buques siderales redentores valía tanto como un centenar de aeroplanos a reacción. Si los Estados Unidos hubieran tenido que construir un solo acorazado sideral en el siglo XX, el costo de esta máquina hubiera absorbido el total del presupuesto de todas las fuerzas armadas. En dólares y en trabajo, los Estados Unidos hubieran necesitado todo el oro del país y la ocupación de todos los norteamericanos para construir un disco volante, que medía 20 kilómetros por 4 de alto, formidablemente armado y dividido en 400 pisos superpuestos, cada uno de ellos tan

grande como una ciudad.

En la realidad, ni los Estados Unidos ni otro país de la Tierra hubieran podido construir un buque sideral por carecer de los conocimientos, el utillaje, y el material indispensable para hacerlo. El arte bélico habíase ido desarrollando al mismo ritmo que la técnica y la ciencia y ahora llegaba a un punto en que el hombre iba a convertirse en el esclavo de sus propias máquinas.

A las pocas horas de haberse iniciado la carrera del autoplaneta *Valera*, Octavio Ferrer salió, tripulante de un automóvil eléctrico, hacia la explanada donde estaban concentrados los 1.500 proyectiles cohete, cuya carga había de metamorfosear al sol ultravioleta de los hombres de silicio.

Sobre la llanura parda, los 1.500 cohetes semejaban un fantástico bosque de extrañas y poco tranquilizadoras ojivas de metal. Cada proyectil medía un kilómetro de altura por 200 metros de diámetro. Eran los mayores construidos hasta entonces. Exteriormente eran lisos y sólo tenían a popa cuatro timones cruciales sobre los que en apariencia se apoyaban. Estaban hechos de dedona y pesaban tanto que, de haberse apoyado sobre el suelo, se hubieran hundido profundamente en la tierra. Una corriente eléctrica les daba aquella portentosa flotabilidad.

Al saltar del automóvil, Octavio se encontró con Maruja Goyoaga que salía a su encuentro. Había estado comprobando los controles de los cohetes. Éstos serían dirigidos por radio.

—¿Qué tal? —preguntó Octavio.

—Hay cinco cohetes que necesitan un ligero repaso en el mecanismo de dirección. Los restantes todos bien —repuso Maruja.

—Deje que los repasen los muchachos. La invito a dar un paseo hasta Santa Bárbara. He de asistir a una conferencia del Estado Mayor y he pensado que usted podría ser mi secretaria.

—Bien.

Subieron al automóvil y enfilaron la autopista de Santa Bárbara. La carretera ofrecía un aspecto extrañamente solitario. No se cruzaron con un solo automóvil. Las columnas de infantería mecánica debían estar todas embarcando en los discos volantes. Los campamentos que dejaban atrás aparecían completamente deshabitados. Eran pueblos muertos. Durante el éxodo de *Valera* hasta llegar a Redención llevando a bordo mil millones de

refugiados terrestres, estos pueblos rebosaban multitudes apiñadas que ansiaban llegar a Redención, lo hallaron prácticamente desierto, con sus ciudades arrasadas y su civilización destruida. Los hombres de cristal habían acostumbrado a los indígenas a cortar las lenguas a los recién nacidos. Los indígenas, en su ignorancia, hicieron esta cruel mutilación de sus criaturas durante trece siglos, creyendo que era un rito religioso o algo parecido. El resultado fue que se perdió toda noción del lenguaje y la historia.

—Señor Ferrer —dijo Maruja al cabo de un buen rato de silencio —. ¿Cómo cree usted que acabará todo esto?

—¿Se refiere a la guerra? —repuso Octavio—. Espero que todo acabe bien. En cuanto el sol ultravioleta del Reino de Silicio reciba el impacto de nuestros proyectiles cohete… ¡adiós! Para los hombres de cristal habrá dejado de existir su fuente natural de energía. En cambio, nosotros, habremos ganado un nuevo sol y un nuevo mundo. Toda la naturaleza de silicio morirá. Plantas y árboles reemplazarán a esos extraños bosques de cristal, la vida animal de carbono invadirá poco a poco ese nuevo espacio y el resultado será que tendremos un nuevo Raab en las entrañas de Redención.

—Bien. Pero si no lográramos hacer llegar esos cohetes hasta el sol ultravioleta del Reino de Silicio… si las fuerzas siderales de los hombres de cristal rechazaran a nuestra Armada y fuéramos derrotados… ¿qué ocurriría?

Octavio Ferrer se cruzó de brazos y arrugó el ceño mirando a través del cristal parabrisas la cinta de la carretera que parecía huir bajo sus pies. El automóvil iba equipado de conducción automática y el joven profesor no tenía que preocuparse de empuñar siquiera el volante.

—¿Por qué hemos de temer lo peor? —refunfuñó—. Nuestra Armada barrerá del espacio al enemigo… pondremos nuestra planta en Redención… perforaremos ese fantástico pozo y nuestros proyectiles darán en el blanco. Es preciso que sea así.

—Es preciso, sí. ¿Pero es precisamente lo que va a ocurrir?

—¡Diablo, no lo sé! —refunfuñó Octavio—. La verdad es que nos encontramos en un apuro. Y si los hombres de cristal nos derrotaran: yo quisiera estar junto a usted cuando eso ocurriera.

Las negras pupilas de Maruja chispearon.

—¿Por qué dice eso? —preguntó en un murmullo de voz.

—Porque si nuestro intento de invasión resultara un fracaso, no es probable que tuviéramos oportunidad de repetir la aventura. El enemigo aprovecharía esta ocasión para contraatacar… y ni Solima ni aún el mismo *Valera* son invulnerables. De la misma forma que nosotros queremos desembarcar en Redención, podría desembarcar el enemigo sobre la superficie de *Valera*. En cuanto a Solima, podrían desintegrar su atmósfera y sus mares. Los mares interiores de Raab se evaporarían entonces a causa del calor del sol interior y aquel mundo quedaría también destruido. Esto quiere decir que si fracasamos ahora, tendremos que volver a tomar toda la gente a bordo de *Valera*, y retirarnos de esta galaxia, aniquilando a Solima y Redención para que esa condenada humanidad de silicio no llegue a ser la dueña del Universo.

—Retirarnos… sí, ¿pero adónde? —preguntó Maruja angustiada.

—¡Toma, pues a la Tierra! Aquello debe de estar ya limpio de radioactividad y dispuesto para volver a ser habitado. Y es por eso por lo que digo que me gustaría tenerla a mi lado si tuviéramos que emprender el regreso a la patria de nuestros padres. Yo… bueno. Yo la amo a usted, Maruja. Volver derrotados a nuestra vieja patria me parecería menos triste si la tuviera a usted como compañera para alegrar la melancolía y aridez de ese largo viaje.

—También a mí me gustaría… aún cuando resultáramos vencedores y jamás tuviéramos que regresar a la Tierra —contestó Maruja muy pálida. Y súbitamente se arrojó entre los brazos del profesor Ferrer, que se abrieron para recibirla sobre su corazón.

Permanecieron así un breve minuto. Un timbre repiqueteó sobresaltándoles. Era que llegaban a Santa Bárbara. Cuatro kilómetros antes de entrar en la ciudad, un poste electrónico hacía funcionar el timbre de los automóviles despertando a los conductores —si es que se habían echado una siestecita mientras viajaban— o llamándoles a reducir la marcha y empuñar el volante.

Octavio asió la rueda de plástico del volante, a la vez que hacía retroceder la palanca aceleradora y volvía a pisar el acelerador de pie.

—Todo saldrá bien, ya verás —dijo animosamente.

Maruja no contestó. Paladeaba en el silencio las primeras dulzuras de aquel amor y, además, entraban en la ciudad.

También en Santa Bárbara se notaba mucho el vacío dejado por dos tercios de la población, que en estos momentos tripulaba los buques siderales de la Armada, las esferas blindadas de dedona o formaba en las filas de la famosa infantería aérea. Porque toda la población de *Valera* estaba enrolada en las fuerzas armadas. La población civil —mil millones de almas— había sido evacuada a Raab desde que las puertas de este inexplorado mundo se abrieran al terrestre.

Sobre la ciudad se cernían cierto número de acorazados siderales que ostentaban muy visibles las insignias de los almirantes de las respectivas flotas. La azotea del edificio del Cuartel General estaba prácticamente atestada de lujosas falúas utilizadas por los altos jefes de la Armada para desembarcar o elevarse hasta los buques que en breve deberían ocupar. La monumental plaza de España también estaba atestada de automóviles del Ejército, en los cuales se veían numerosos banderines de tres estrellas.

Octavio y Maruja penetraron en el monumental edificio. Un ordenanza les introdujo en la enorme sala donde iba a celebrarse la conferencia. Ésta estaba para empezar y las filas de confortables butacas veíanse ocupadas por una selecta concurrencia de generales y almirantes. Al fondo de la sala se levantaba un estrado, a la sazón ocupado por una larga mesa tras la que se sentaban los miembros del Estado Mayor General. La conferencia empezó bajo la presidencia del general don Félix Aznar, hijo de Fidel Aznar —el hombre que conquistó Redención, catorce siglos atrás— y nieto del legendario Miguel Ángel Aznar —el hombre que guió a los exilados del planeta Tierra a través del Cosmos hasta esta lejana galaxia.

Muchas de las cosas que allí se dijeron eran conocidas de Octavio Ferrer. La enumeración de los planes del Estado Mayor General era frecuentemente interrumpida por uno u otro general o almirante que se ponía en pie para pedir alguna aclaración que le concernía directamente. Cuando el desarrollo teórico de la campaña llegó al punto donde se suponía abierto el túnel y a los cohetes de la "División X" preparados para penetrar en el Reino de Silicio, el propio general don Félix Aznar preguntó:

—¿Está aquí el profesor don Octavio Ferrer?

—Estoy aquí, excelencia —contestó Octavio en voz alta poniéndose en pie.

Toda la sala volvióse a mirar al hombre cuyas fórmulas cabalísticas iban a hacer posible el aniquilamiento definitivo de la humanidad de silicio.

—Señor Ferrer —dijo don Félix Aznar desde el estrado—. Lamento que mis tareas me hayan impedido tener una conversación particular con usted. Yo hubiera querido, a la vez, expresarle todo mi agradecimiento y el de nuestro pueblo por su magnífica labor y, al mismo tiempo, pedirle excusas por haber exigido de usted que, luego de haber puesto en nuestras manos el instrumento que nos permitirá eliminar para siempre a nuestros enemigos arriesgue su propia vida, tomando personalmente la dirección del lanzamiento de esos proyectiles.

—Su excelencia no tiene que darme ninguna excusa —dijo Octavio con una inclinación de cabeza—. De no habérmelo pedido el Estado Mayor General, yo hubiera solicitado que se me confiara esa misión por entender que, siendo yo el constructor de los proyectiles, me correspondía el deber de no separarme de ellos hasta haber cumplido la misión para la que fueron construidos.

—Sus palabras le honran, profesor. Es lamentable que tenga que exponer su valiosa persona en esta aventura… Pero la misma importancia de la tarea nos obliga a buscar al hombre que, cabalmente, puede ejecutarla mejor que nadie. Sería tristemente amargo que, habiendo lanzado al asalto todas nuestras fuerzas armadas para cubrir el solo objetivo de bombardear el sol ultravioleta, no llegara a tener éxito nuestra costosa operación por cualquier insignificante error de última hora.

—Es lo mismo que yo pensaba, excelencia —repuso Octavio—. La operación del lanzamiento no es en sí complicada, pero me sentiré más tranquilo si yo mismo la dirijo.

—Bien —sonrió el general—, puesto que estamos de acuerdo, pasemos a examinar detenidamente la cuestión. El descenso de mil quinientos proyectiles cohete del tamaño de los que usted ha construido implica un gran riesgo. El enemigo ignora lo que nos proponemos hacer, pero el simple hecho de vernos invadir su territorio bastará para que se lance contra nosotros con toda su fuerza. Habrán calculado con mucha anticipación el lugar aproximado por donde irrumpiremos en su mundo. Lógicamente, cabe esperar que haya concentradas en aquella zona incalculables

fuerzas aéreas y terrestres que harán todo lo posible por cerrar el túnel apenas abierto.

Su excelencia hizo una pausa. Luego prosiguió diciendo:

—Éste será el momento más difícil de toda la operación. Las bombas atómicas lloverán sobre nosotros apenas la primera máquina perforadora asome sobre la superficie del Reino de Silicio. Hemos de obrar con mucha rapidez, si no queremos quedarnos atascados en ese túnel. Lo primero que harán falta en el terminal del pozo serán pantallas de radar y proyectiles teledirigidos que se enfrenten con los proyectiles atómicos enemigos y les detengan antes que puedan llegar a la boca del túnel. O, lo que es lo mismo, harán falta buen número de acorazados siderales desde la iniciación del asalto, pero los buques no pueden penetrar uno a uno en el Reino de Silicio, porque serían fácil blanco para el enemigo. Por lo tanto, detendremos las máquinas perforadoras cuando se hallen cerca de la superficie del Reino de Silicio e introduciremos en el túnel gavillas de torpedos autómatas. Cuando todo el tubo esté atascado de torpedos, las máquinas continuarán su labor acabando de abrir el túnel. En este momento, y por control remoto, dispararemos los paquetes de torpedos. Éstos buscarán por sí solos a los buques y a las plataformas artilleras enemigas y les entretendrán un buen rato… el suficiente para que nuestros buques, que habrán empezado a bajar inmediatamente detrás de los paquetes de torpedos, atraviesen toda la corteza del planeta e irrumpan en el Reino de Silicio, prosiguiendo la batalla que iniciaron los torpedos.

Octavio Ferrer, que no era militar, escuchaba lleno de admiración las particularidades de aquella audaz aventura. Las ventajas de abrir un túnel escrupulosamente recto saltaban a la vista si se consideraba que millares y tal vez millones de buques y esferas blindadas de dedona lo utilizarían como ruta para llegar hasta el Reino de Silicio. Apenas el gigantesco tubo quedara desatascado, los buques de la Armada Sideral redentora picarían sobre el agujero y se introducirían por el túnel, atravesándolo de un extremo a otro a 1.000 kilómetros por hora de velocidad. Esta velocidad jamás se hubiera logrado a través de uno cualquiera de los intrincados y tortuosos túneles abiertos por la Naturaleza.

—En principio —continuó diciendo el general—, la misión de los torpedos consistirá solamente en hacer las veces de artillería

antiaérea contra los proyectiles del enemigo que intentarán cerrar el túnel. Luego, a medida que vayan llegando refuerzos, iremos pasando de la defensiva a la ofensiva, coordinando los movimientos de la infantería y las unidades acorazadas. Apenas consigamos una relativa seguridad en torno a la terminal del túnel, el profesor Ferrer descenderá al frente de su División X. El profesor procurará que el tránsito de sus cohetes por el túnel sea breve. Apenas los tenga reunidos, los pondrá en posición de ser disparados. No aguardará ninguna orden ni dará previo aviso para ejecutar la operación del lanzamiento. Sencillamente en cuanto esté en condiciones de hacerlo.

Las instrucciones relativas a la "División X" terminaban aquí. Las operaciones militares continuarían, nadie podía predecir hasta cuando. La humanidad de silicio no perecería inmediatamente, sino sólo al cabo de años —según las circunstancias concurrentes—. Simplemente, los hombres de cristal se verían privados de la luz. El esplendoroso día eterno de su mundo se convertiría casi repentinamente en un crepúsculo gris, a la vez que con los terrestres ocurriría todo lo contrario, pasando de las tinieblas de un sol ultravioleta que no veían, a la cegadora luminosidad que alumbraba al planeta Tierra.

—Nuestro objetivo es metamorfosear el sol del Reino de Silicio y sólo proseguiremos la lucha si ésta nos es propicia —advirtió don Félix Aznar—. Más que combatir al enemigo en su mundo procuraremos defender a Redención y especialmente a Solima contra un intento de total destrucción por parte de la acorralada humanidad de silicio. En cuanto les hayamos privado de su sol, no será necesario disparar un solo torpedo contra el enemigo. Los hombres de cristal morirán poco a poco. Todo se reduce a esperar algún tiempo y luego tomar posesión de un mundo transformado. Si esto se consigue deberemos agradecerlo al profesor don Octavio Ferrer.

Aquí terminó la conferencia y el público se puso a aplaudir al confuso y sonrojado Octavio. Por fortuna para el joven, los generales y almirantes allí congregados tenían que incorporarse inmediatamente a sus unidades y no podían perder tiempo en manifestaciones de admiración.

Cuando se vio en la calle y a bordo de su automóvil, Octavio

exhaló un suspiro de alivio.

—¿Tan desagradable es la gloria? —preguntó Maruja con burla.

—Sí, cuando no es merecida.

—¡Pero cariño! ¿Acaso no te la mereces? —protestó la joven.

—Todavía no. Esperemos, al menos, hasta ver qué ocurre cuando mis proyectiles estallen sobre el sol del Reino de Silicio, ¿no?

—¡Oh! No me importa esperar. Estoy segura que en cuanto nuestros cohetes den en el blanco, ese sol se apagará para los hombres de cristal como una bombilla bajo una pedrada, a la vez que se encenderá para nosotros.

Octavio no respondió. Pero se dijo que era reconfortante tener a alguien que confiaba en él tan ciegamente. La abrumadora preocupación que había soportado durante tantos meses le pareció más ligera ahora. El infantil temor de haberse equivocado en cualquier insignificante detalle, suficiente, sin embargo, para echar a perder el experimento, se disipó mientras rodaban a buena velocidad por la autopista de Ciudad Mecano. Fue la primera vez que se sintió seguro de sí mismo y la satisfacción que esto le produjo aportó a su conciencia más descanso que aquellos quince días de vacaciones en Raab.

CAPÍTULO V

BATALLA DE ANIQUILAMIENTO

EN la espera, las horas parecían alargarse indefinidamente.

Mientras volaba a través del espacio hacia Redención, los tubos de lanzamiento del autoplaneta *Valera*, vomitaban incansablemente millares y millares de buques que iban a reunirse a los que volaban formando enjambre en torno al planetillo. Todas las fases de los preparativos podían seguirse desde Ciudad Mecano por medio de la televisión, pero las escenas eran tan monótonas que acababan por causar fatiga. Uno se dormía con las pupilas cansadas de tanto mirar a la pantalla, se levantaba y veía las mismas imágenes de horas atrás: buques y más buques de agresivo perfil brotando por las múltiples bocas de los tubos; millares de tarántulas automáticas desapareciendo en el insaciable vientre de los discos volantes; millares de hombres vestidos de cristal de pies a cabeza trepando hasta los navíos de desembarco; millares de blindados alineándose en los inmensos hangares de los discos voladores… ¡Todo por miles… por centenas de miles… por millones!

El Ejército y las Fuerzas Siderales más fuertes y numerosas de cuantas tuvieran los humanos, se movían en bloque hacia un solo objetivo. Todo estaba medido, todo estaba calculado, todo estaba sincronizado… La máquina bélica se movía con delirante precisión. Cada buque, cada máquina automática, cada hombre era un diminuto engranaje perfectamente acoplado a un todo gigantesco y terriblemente complicado.

A veinte millones de kilómetros de Redención, el autoplaneta *Valera* empezó a frenar su carrera. Cuatro millones de aeronaves se adelantaron hacia el planeta. Un millar de discos volantes quedaron

girando en torno a *Valera*. Posados sobre la superficie del planetillo se veían otros 500 discos volantes menores, de 12 y 15 kilómetros de diámetro. En mitad del negro espacio brillaba como una moneda de plata el disco de Redención. Nutridas miríadas de estrellas parpadeaban al fondo. Pero no todos los diminutos puntos de luz eran estrellas. El enemigo salía al encuentro de la Armada Sideral redentora. Sus tres millones de aeronaves movíanse en el cielo a tremenda velocidad…

Empezó la batalla de aniquilamiento. Hombres de carbono nacidos bajo un sol metálico y hombres de silicio nacidos bajo un sol ultravioleta se lanzaron en sus naves unos contra otros. Todavía estaban separados por una considerable distancia cuando abrieron fuego, mandando por delante andanadas de torpedos atómicos de control automático. Dejando tras sí luminosas estelas, las dos andanadas de máquinas voladoras entraron en colisión en mitad de un medroso silencio. Encendióse una prolongada línea de luces atómicas, dibujando una azulosa vía láctea en el cielo.

Nuevas andanadas de torpedos partían raudas de ambas flotas alimentando el silencioso crepitar de la descomunal hoguera atómica donde ardían millones de máquinas que habían empleado millones de hombres y de horas para su construcción. Ni un solo instante se apagaba ni debilitaba el chisporrotear de las explosiones.

A uno y otro lado de la improvisada vía láctea, las escuadras enemigas avanzaron buscando el cuerpo a cuerpo. Cuando chocaron hubo un general estremecimiento de frío entre los millones de seres humanos que seguían las peripecias de la batalla inclinados sobre los aparatos de televisión. La hoguera atómica ardió con mayor intensidad, como si se hubieran arrojado a ella inconmensurables brazadas de leña. En un cuadrilátero de diez millones de kilómetros de lado, las aeronaves giraban y se retorcían eludiendo torpedos… disparando torpedos… recibiendo torpedos…

Cada uno de aquellos torpedos era en sí una aeronave que pirueteaba, picaba y ascendía como un caza. Eran aparatos de caza suicidas. Su misión consistía en buscar el punto más vulnerable de los buques enemigos y arrojarse contra él haciendo explosión, autodestruyéndose y arrastrando consigo al blanco. Cuando un buque estallaba, su fogonazo equivalía al de una docena de proyectiles “robot”. Y los buques hacían explosión en tan gran

número que siempre había una miríada de relámpagos azules brillando entre los pestañeos de la explosión de los torpedos.

Durante varias horas, la batalla de aniquilamiento prosiguió sin que su furia disminuyera. Decenas de miles de destructores, cruceros y acorazados siderales iban y venían desde *Valera* al campo de batalla y del campo de batalla al planeta Redención y regreso. Venían a aprovisionarse de torpedos; los terrícolas a *Valera*; los hombres de silicio, a Redención. Las cámaras de televisión, abandonaban frecuentemente la palestra y mostraban a los buques de línea cargando torpedos con afanosa rapidez. Un rostro sudoroso aparecía llenando toda la pantalla. Era el oficial de uno cualquiera de los buques siderales…

Daba sus impresiones particulares sobre la batalla:

—Realmente terrible… El enemigo se bate desesperadamente… He visto saltar en pedazos el buque de nuestro almirante.

El rostro del hombre era sustituido por el de una mujer, también oficial a bordo de un buque:

—Es espantoso… Una se queda paralizada de terror… sí, de terror. No me importa confesarlo puesto me consta que todos sentimos igual en estos momentos. Una ve pasar por un lado un crucero enemigo soltando chorros de torpedos autómatas… se agarra a cualquier parte esperando el estallido que le enviará a mejor vida… Pero no ocurre nada. Nosotros hemos disparado también una andanada de torpedos y los “robots” se quedan atrás empeñados en pequeñas batallas locales. El espacio está lleno de estos grupos de cazas suicidas que se envuelven como seres dotados de vida hasta que el último superviviente nuestro se estrella contra el último superviviente enemigo.

Las pantallas de televisión volvían a enmarcar el campo de batalla. A veces la cámara se metía dentro del cuarto de derrota de un crucero o un acorazado. Veíase al comandante en una cabina circular. Veíase a un reducido grupo de hombres y mujeres apretando botones sobre sus cuadros de mando. La cámara abandonaba el interior del buque, filtrándose en apariencia por la pared y mostraba a los espectadores la silueta de un buque enemigo que pasaba muy cerca envuelto en un torbellino de torpedos autómatas.

Muy lejos del campo de batalla, en las entrañas del planeta

Solima, mil millones de seres humanos reaccionaban al unísono ante estas imágenes. La televisión en colores y relieve daba tal sensación de realismo, que uno creía estar asomado a una ventana viendo por sus propios ojos cuanto ocurría a millones de kilómetros de distancia.

Al cabo de unas horas de frenético combate, el enemigo empezó a tambalearse. La superioridad numérica de los terrícolas hacíase sentir. Por cada buque terrícola que estallaba se destruían dos o tres de la humanidad de silicio. La balanza se inclinaba cada vez con mayor claridad a favor de los terrestres. Entonces, la flota sideral de silicio dio media vuelta y se retiró a Redención.

El planeta Solima debió estremecerse con el grito de mil millones de seres pendientes de aquellos sucesos que se desarrollaban a considerable distancia. En el propio despacho de Octavio Ferrer, donde estaban reunidos buen número de ingenieros de ambos sexos, también se escuchó un "hurra" de entusiasmo.

—¡Se retiran! ¡Miren ustedes… nuestra Armada sale en persecución del enemigo!

Efectivamente, la Armada volaba en persecución de los hombres de cristal, tumbando buques a diestra y siniestra. Y no sólo los buques de línea, sino también toda la imponente flota de discos volantes reunida en torno a *Valera* se ponía en movimiento hacia Redención. Allá iban los 1.000 discos volantes gigantes, escoltados por una flota de buques de combate. A la vez, los 500 discos volantes posados sobre *Valera* se elevaban también poniendo rumbo a Redención.

Al llegar a las proximidades de la atmósfera de Redención, la flota de silicio se revolvió. Aunque numéricamente los buques de la flota de silicio eran inferiores, contaban ahora con la importante cooperación de las baterías lanzacohetes situadas sobre el planeta.

Por un momento pareció que la Armada sideral terrícola iba a estrellarse contra la movible barrera de los proyectiles cohete de los hombres de cristal. Pero no fue así. La Armada aceptó el riesgo con sus consiguientes pérdidas y se lanzó impetuosamente al asalto. De nuevo los bandos se enzarzaron en una apocalíptica lucha cuerpo a cuerpo. Pero a través de las líneas enemigas, un numeroso contingente de buques terrícolas penetraron en la atmósfera y picaron sobre las baterías lanzacohetes, sometiéndolas a un atroz

bombardeo.

Alzáronse al punto las siniestras setas atómicas. Una considerable extensión del planeta se pobló de un bosque de extraños árboles formados de humo radioactivo. El fantástico campo de setas levantaba sus copas por encima de las más altas nubes de Redención y entre ellas se movían destructores terrícolas lanzando cohetes que dejaban tras sí ígneos penachos de muerte.

La Armada Sideral redentora practicó un colosal agujero en medio de la formación enemiga. Por allí pasaron envueltos en estallidos los grandes discos volantes. Toda la cara de Redención, aquélla donde lucía el día, tenía por encima un techo de buques y explosiones atómicas.

Las baterías lanzacohetes situadas en tierra enmudecieron. La Armada arremetió contra la Flota sideral de silicio y la puso en fuga. Los discos volantes descendieron sobre el planeta. Enormes extensiones de Redención desaparecían tras el humo. Por encima del palio de humo sobresalían las fatídicas setas atómicas…

Empezó la operación de desembarco. Desde los discos anclados en el espacio por encima de la estratosfera, empezaron a descender como colgando de invisibles hilos monstruosas arañas “robot” que constituían la infantería automática. Una lluvia de grisáceas esferas de dedona se desprendió de los buques transportes. Uno creía estar presenciando un festival carnavalesco con aquellos millares de globos flotando en el aire. La diferencia consistía en que, en vez de ascender, los globos metálicos descendían del espacio para posarse suavemente en tierra.

Durante doce horas estuvieron bajando del cielo blindados y soldados “robot” en una lluvia espesa, continua, ininterrumpida… Luego vieron unas enormes y extrañas máquinas que descendían con movimientos pausados y seguros. Eran las máquinas zapadoras, las que abrirían un pozo de 500 kilómetros de profundidad desde la superficie de Redención al Reino de Silicio.

La operación se desarrollaba con extraordinaria rapidez. El enemigo, sorprendido, no podía tardar en reaccionar. Y, ciertamente, no se hizo aguardar demasiado. Las últimas máquinas zapadoras aterrizaban sobre el continente cuando empezaron a llegar, procedentes de puntos que distaban en ocasiones hasta 50.000 kilómetros de donde se verificaba el desembarco, enjambres

de proyectiles cohete atómicos que levantaron un espeso bosque de hongos radioactivos. La Armada acudió a interceptar esta lluvia mortal de explosivos atómicos. Desde tierra, las baterías antiaéreas del Ejército formaban también un circuito protector en torno a las máquinas de los ingenieros…

Desde su tranquilo despacho de Ciudad Mecano, en el corazón del autoplaneta *Valera*, Octavio Ferrer y los que con él estaban aquel memorable día, pudieron ver a través de la pantalla de televisión el comienzo de la gigantesca tarea. La cámara del operador de TV habíase trasladado a tierra. Entre las nubes de humo, los espectadores vieron a las máquinas perforadoras apuntar a tierra. Inmediatamente se alzó una tremenda nube de polvo, como si un chorro de bombas estallaran por debajo de los aparatos.

Las máquinas, construidas de dedona, parecían anchos cilindros con uno de sus extremos apuntando al suelo. Pronto la nube de polvo fue tan grande que ocultó por entero a las perforadoras. Del cielo bajó un colosal aro que medía 1.000 metros de diámetro. Era el primero de los anillos que se colocarían alrededor del pozo para que el polvo expulsado por los gigantescos ventiladores no volviera a resbalar hasta el fondo. Detrás de aquel aro descendió otro.

Mientras tanto, la batalla proseguía en torno al punto donde el profesor Angulema y su cuerpo de ingenieros militares arañaban la corteza de Redención. En el horizonte aparecieron las primeras formaciones de blindados enemigos. La infantería automática de silicio avanzó entre los tizones de la selva carbonizada y los cráteres abiertos por los proyectiles de la artillería atómica redentora. La Flota sideral, reforzada por quinientos mil buques siderales, irrumpió también en el espacio.

La batalla prosiguió. Continuaría con espasmos intermitentes durante treinta días terrestres… setecientas largas, interminables horas, durante las cuales el éxito de los invasores peligraría mil veces y se encendería y apagaría alternativamente la esperanza de los corazones de todo un pueblo que luchaba por su supervivencia.

Octavio Ferrer abandonó súbitamente el despacho y salió a la galería. Maruja Goyoaga, que había visto la extraña expresión de la mirada de su novio, salió tras él y le puso una mano en el brazo.

—¿Qué te ocurre, Octavio?

Las grises pupilas del joven profesor se volvieron hacia las

aterciopeladas y serenas de su novia. En aquellos ojos, Maruja leyó un profundo terror.

—Tengo miedo, Maruja —contestó el sabio.

—¡Cómo! ¿Otra vez en las mismas?

—Sí, otra vez. Es reconfortante tenerte al lado y escuchar tus palabras de aliento, Maruja. Pero la verdad es que me siento profundamente preocupado. Hemos movilizado todas nuestras fuerzas en un desesperado intento de alcanzar el Reino de Silicio y acabar de una vez con esos malditos hombres de cristal. He visto combatir a nuestra Armada, he visto volar en pedazos millares de buques y de hombres… Y me siento responsable de todo cuanto ahora está ocurriendo. Por mi causa luchan y mueren muchedumbres enfebrecidas por la esperanza de alcanzar la victoria. Esta aventura no hubiera empezado si yo no hubiera sugerido metamorfosear el sol ultravioleta del Reino de Silicio.

—¡Qué tontería! —exclamó Maruja enojada—. Esto tenía que acabar así, más pronto o más tarde, con o sin tu idea de aniquilar el sol ultravioleta.

—Es posible, pero la responsabilidad del éxito o el fracaso hubiera recaído sobre otra u otras personas. Mi conciencia permanecería tranquila en tanto la gente se afanaba, luchaba y moría… ¿Por qué había de ser yo precisamente quien cargara con tanta responsabilidad? ¿Por qué se me ocurriría destruir ese sol ultravioleta? ¡Debí romperme las piernas el día que fui con mi invento al Cuartel General!

Maruja contempló severamente a su novio.

—Octavio —dijo con gravedad—, vas a hacer que me avergüence de ti. ¿Eso es todo cuanto se te ocurre en el momento que toda la nación vive pendiente de una esperanza que tú has encendido en sus corazones?

—Procura comprender lo que quiero decir, Maruja. Yo…

—¡Oh, lo comprendo! —exclamó la muchacha enfadada—. Eres tan profundamente egoísta que lo darías todo a cambio de la tranquilidad de tu conciencia. Deberías enorgullecerte de ser el hombre que con sus fórmulas va a dar la victoria a nuestro pueblo. Y, desde luego, es absurdo creer que toda la responsabilidad recae sobre ti. Todos hemos puesto algo en esta empresa. Quien no da su vida, da su trabajo. Quien menos, sus ilusiones y esperanzas. ¿Qué

te ocurre? ¿Acaso dudas del éxito de tu invento? ¿Temes haber cometido algún error? Bien, repasemos tus cálculos… comprobemos que todo es correcto, si lo necesitas para tu tranquilidad.

Octavio Ferrer movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Es inútil. Mi cabeza se niega a pensar. Estoy tan preocupado que podría recitar siquiera la tabla de multiplicar…

—No importa. Yo y los muchachos revisaremos tus papeles.

—Déjalo, Maruja. Ya es tarde.

—Nunca es tarde —repuso la joven con frialdad—. Si hay algún error, puede corregirse. Y en último extremo, siempre podríamos detener los acontecimientos… ¡Oh, Octavio! ¿Por qué serás así? ¿No comprendes que estás sembrando la duda en mi propia alma? ¡Tenemos que repasar tus papeles… es preciso!

Octavio inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Bien —refunfuñó—. Si tú lo crees necesario…

—¡Desde luego!

Octavio abrió los brazos y suspiró resignado. Maruja Goyoaga volvió a entrar en el despacho donde estaban los técnicos reunidos en torno al aparato de televisión. Desde la galería, Octavio pudo escuchar las palabras de su novia.

—Compañeros: nos ha salido una tarea inesperada. Vamos a repasar los papeles del profesor Ferrer.

La ahogada exclamación de asombro que lanzaron los científicos resonó en los oídos de Octavio Ferrer como presagio de desdichas. Tuvo la fugaz percepción de que debería entrar y derogar la orden de Maruja. Pero no se atrevió. La verdad era que necesitaba de la aprobación de otros para sentirse tranquilo.

CAPÍTULO VI

EL LARGO CAMINO

DÍA tras día continuó la perforación de la corteza del planeta.

Día tras día, la humanidad de silicio contraatacó en un repetido intento de expulsar a los tenaces invasores. El número de máquinas combatientes disminuía por ambos bandos. Los arsenales de *Valera* se vaciaban con vertiginosa rapidez. En Solima, 1.000 millones de terrestres trabajaban afanosamente en la construcción de torpedos, máquinas “robots”, proyectiles atómicos y buques. El adagio de que habría día en que el hombre trabajaría esclavo de sus máquinas había llegado. Con todos sus poderosos medios, sus adelantos científicos, sus fábricas que trabajaban casi sin intervención del hombre, la nación terrícola no daba abasto a cubrir las bajas que diariamente se producían.

En Ciudad Mecano, un grupo de técnicos trabajaba afanosamente sobre las cabalísticas fórmulas del profesor Ferrer. Con el transcurso de los días, Octavio acabó por recobrar parte de sus nervios y quiso remediar su falta de fe en sí mismo, ordenando la suspensión del repaso de sus fórmulas.

—¿Está usted seguro de que sus cálculos fueron correctos? —preguntó el profesor don Hércules Strase, sabio de origen americano.

Octavio cometió una equivocación al contestar:

—Aunque mis cálculos estuvieran equivocados, sería tarde para corregir el error.

Esta respuesta dejaba en entredicho la corrección de los cálculos hechos por Octavio. El resultado fue que todo el equipo dudó seriamente de que los proyectiles sirvieran para algo en el momento

de ser disparados.

Había entre el equipo, naturalmente, hombres de más edad que Octavio, envidiosos de la fama alcanzada por el joven. El resultado fue que alguien llevó el aviso al seno del Estado Mayor General. Cuando los trabajos de zapa en Redención andaban por su mitad, Octavio Ferrer fue requerido por el Estado Mayor. Desconcertado y con los nervios en tensión, Octavio emprendió el viaje hacia Santa Bárbara, esta vez sin la compañía de Maruja.

En Santa Bárbara fue recibido por el general don Félix Aznar. La actitud del notable personaje no era tan afable como el día que felicitó a Octavio en plena conferencia militar.

—¿Sabe usted por qué le he mandado venir, profesor? —preguntó su excelencia señalando con breve ademán un sillón.

Octavio se dejó caer allí sintiendo que las rodillas se negaban a sostenerle.

—No tengo la menor idea, excelencia —mintió.

—Desde su propio equipo ha llegado hasta nosotros una comunicación según la cual usted no está seguro del efecto que esos proyectiles cohete van a causar en el sol ultravioleta del Reino de Silicio. ¿Es verdad?

—Estaba seguro de la exactitud de mis cálculos cuando empezamos a construir los cohetes y no hay ninguna razón para que mi equipo dude de la eficacia de esos proyectiles —contestó Octavio.

Las azules pupilas de su excelencia se clavaron en la faz de Octavio, escudriñadoramente.

—Sin embargo —dijo don Félix Aznar—, usted ordenó una revisión de todas las fórmulas. ¿Por qué lo hizo?

—No fui yo quien dio la orden de revisar mis papeles —aseguró Octavio Ferrer, completamente apabullado.

—¡Cómo! —exclamó el general—. ¿Si no fue usted, quién dio la orden entonces?

—Es un poco largo de explicar y bastante difícil de comprender, excelencia —repuso Octavio, más muerto que vivo—. A raíz de una conversación que tuve con la señorita Goyoaga, ésta dio por sí misma la orden de repasar las fórmulas.

—¿Sin el consentimiento de usted?

—Bueno, yo… no creí que fuera a armarse tal alboroto por esa

causa. Hice mal, lo comprendo. Es la misma trascendencia de la empresa que hemos abordado la que me hace temer y vacilar. Yo estaba absolutamente seguro de mí mismo cuando propuse bombardear el sol de silicio. La tirantez de estos días y la responsabilidad que pesa sobre mí han sido, sin duda, causa de que perdiera la fe en mí mismo. Esto fue, poco más o menos, lo que dije a la señorita Goyoaga. Ella interpretó mis palabras en el sentido de que mis temores se fundaban en la poca fe que me inspiraban mis propias fórmulas. Entonces sugirió la revisión de mis cálculos.

Su excelencia movió la gris cabeza de un lado a otro.

—Y usted consintió —gruñó arrugando el ceño.

Octavio alzó los hombros y abrió los brazos en un ademán de impotencia.

—Hizo usted mal en permitirlo —gruñó el general—. El resultado ha sido que se haya sembrado la duda en el seno de nuestro Estado Mayor General. Hemos puesto todos los huevos en una misma cesta, señor Ferrer. Si usted dudaba del éxito de sus experimentos debió decirlo antes que empezáramos esta campaña. Si no dudó entonces, debió callarse ahora.

Octavio escuchó la filípica de su excelencia con actitud contrita. Sentíase profundamente culpable e incapaz de decir una sola palabra más en su defensa.

—¡En fin! —suspiró don Félix cruzándose de brazos—. Tal como ha dejado usted las cosas, no nos queda más remedio que enviar un grupo de científicos para que repasen sus fórmulas y dictaminen si hay o no motivo para temer un fracaso. Vuelva usted a Ciudad Mecano, profesor y tenga listos sus papeles para dentro de una hora.

Al abandonar el edificio del Cuartel General, Octavio Ferrer sentíase aplanado, descorazonado y temeroso como un niño al que se ha prometido una paliza. Pensó que Maruja había sido la causante de todo esto por sugerir una revisión de los cálculos originales del invento y ansió regresar cuanto antes para decirle todo lo que al respecto pensaba.

Cuando llegó a Ciudad Mecano, Maruja estaba en sus habitaciones particulares. Octavio fue a buscarla allí y entró impetuosamente, sin llamar. Maruja, que estaba cambiándose de ropa, se puso rápidamente una camisa masculina.

—¡Octavio! —exclamó—. ¿Es esa manera de entrar en la habitación de una muchacha?

—¿Sabes para qué me llamaron a Santa Bárbara? —preguntó Octavio mirándola furioso.

—No lo sé, aunque me lo figuro. Corren rumores de que va a venir un grupo de sesudos sabios a revisar tus papeles.

—Sí, eso es exactamente lo que va a suceder. Ya ves dónde nos ha conducido tu empeño de remover las cosas. El Estado Mayor General duda del resultado de mi experimento.

—Bueno. ¿Y de qué te quejas? —refunfuñó Maruja, abrochándose la camisa—. La culpa es tuya.

—¿Mía? —preguntó Octavio crispando los puños—. ¿Fui yo, acaso, quien sugirió que se hiciera esa revisión?

—Fui yo quien lo sugirió, pero sólo por ayudarte a despejar tus temores.

—Muy bien. Ya ves a dónde nos ha conducido tu deseo de ayuda. Has destrozado mi carrera. Me has colocado en el más grande de los ridículos…

—Perdona. Reconozco que me equivoqué. Yo sólo quería ayudarte.

—Di mejor que temiste perder el pedazo de gloria que iba a corresponderte como esposa de una notabilidad.

—¡Octavio! ¿Qué disparates estás diciendo?

—Sabes muy bien que estoy diciendo verdades. Nunca sentiste amor por mí. Lo único que te atrajo de mi persona fue la posibilidad de sustraerte a la vulgaridad de la masa gris haciendo que tu nombre fuera conocido, siquiera como esposa del profesor Ferrer. Y fue cuando viste tambalearse tus esperanzas, cuando me viste dudar de mi propia gloria cuando te apresuraste a revisar mis cálculos. No era por tranquilizarme a mí por lo que lo hacías, sino para tranquilizarte a ti misma.

—¡Octavio, eres un estúpido engreído! —chilló Maruja—. Jamás pasó por mi mente tan disparatado pensamiento.

—¡No esperarás que te crea! —repuso Octavio furioso.

Maruja miró a su novio con una profunda expresión de lástima.

—No —dijo lentamente—. No espero que me creas. En tu obtuso cerebro no puede caber la idea de que nadie te quiera por ti mismo. Y en esto tienes razón. No importa que como científico seas una

notabilidad. Como ser humano eres detestable, siempre lo fuiste. Y prefiero morir sin esa gloria de que tan ufano te muestras, a vivir junto a un hombre que tiene por cerebro una máquina calculadora. Y ahora haz el favor de salir de mi cuarto. Hemos terminado.

Octavio la contempló furioso durante un minuto. Luego, repentinamente, giró sobre sus talones y abandonó la habitación, cerrando tras sí de un portazo.

Apenas había transcurrido una hora cuando llegaron los científicos que iban a revisar sus fórmulas. Octavio Ferrer les condujo a su propio despacho y abrió armarios y gavetas, poniendo a disposición de aquéllos toda cuanta documentación conservaba sobre su invento.

Durante cinco días, los matemáticos permanecieron encerrados, haciendo funcionar incansablemente las máquinas calculadoras. Octavio podía escuchar el rumor de las máquinas desde su habitación y sentíase como el condenado a muerte que espera el momento de ser llamado para comparecer ante el patíbulo.

Finalmente, en el quinto día, alguien llamó con los nudillos en su puerta. Octavio fue a abrir, encontrándose ante el más viejo y acreditado de los científicos.

—Me satisface decirle, señor Ferrer, que no hemos encontrado el menor error en sus cálculos —dijo aquel hombre—. Me extraña mucho que usted dudara de su propia obra, porque todo está perfectamente claro y bien resuelto.

Octavio no contestó. La tensión y el súbito alivio a ésta fue tan grande, que tuvo que buscar el apoyo de una silla para no desmayarse. Desde el vano de la puerta el sabio le miró entre sorprendido y sonriente.

—¿Se encuentra usted mal? —preguntó.

—No… nada de eso, muchas gracias —balbuceó Octavio—. Sólo me ocurre que a fuerza de ver dudar a las gentes a mi alrededor había llegado a tener la firme convicción de que encontrarían mis operaciones plagadas de errores.

—¡Qué tontería! —protestó el científico echándose a reír. Y tendiendo su mano a Octavio, añadió—: en fin, señor Ferrer, corro a tranquilizar a nuestro Estado Mayor General. No hemos dejado de recibir llamadas y apremios desde Santa Bárbara en todos estos días. Creo que algunos de sus ayudantes estarán rabiando ahora de

despecho. Usted debe saber a qué me refiero.

—Sí, sé lo que quiere decir —murmuró Octavio—. Muchas gracias. Adiós.

El veredicto de los expertos trajo a la conciencia de Octavio un inefable alivio. Luego que la puerta se hubo cerrado a espaldas del informante, el joven se tendió en su cama con los brazos tras la nuca y la mirada perdida en el techo. Ansió correr hasta Maruja para comunicarle, lleno de júbilo, el resultado de la larga inspección. Pero el recuerdo de la conversación habida en el cuarto de la muchacha le contuvo.

Desde que Octavio acusara a Maruja de afanes de gloria, la muchacha había adoptado una actitud altiva y ofendida. Ni una palabra, ni una sola mirada se cruzó entre ambos en todos aquellos días. Y lo lamentable era que Octavio Ferrer la amaba. Esto lo comprendió ahora, cuando era demasiado tarde para enderezar el entuerto. Y fue así como, recién terminada la tortura de sus dudas respecto al efecto de los proyectiles cohete, sintióse invadido de amargura a causa de sus amores contrariados. También él tenía su orgullo —quizás excesivo— y aunque no deseaba otra cosa, se abstuvo de acercarse a Maruja.

Seis horas más tarde, el radiovisor de Octavio zumbaba llamándole a conferencia. Era el propio general don Félix Aznar quien estaba al aparato.

—Le felicito, profesor —dijo su excelencia—. No sabe cuánto nos ha aliviado el resultado de esta investigación. Nos puso a usted a todos los pelos de punta con sólo pensar que al final de esta campaña tuviéramos que retirarnos sin haber cubierto el principal objetivo que nos lleva al Reino de Silicio. Bien, todo está claro y el Estado Mayor, tranquilo. Dentro de diez horas parto para inspeccionar personalmente los trabajos de perforación. He pensado que tal vez le gustaría venir.

En realidad a Octavio maldito si le hacía gracia esta excursión, no obstante lo cual, aceptó la invitación.

Diez horas más tarde, sin haberse despedido de nadie, Octavio Ferrer se incorporaba a la comisión militar que iba a inspeccionar las operaciones en Redención.

Mucho antes de llegar a Redención, Octavio pudo ver con auxilio del telescopio la gigantesca montaña que se levantaba en el

punto donde trabajaban los zapadores. Esta montaña, como predijera el profesor don Tomás Angulema, tendría al terminarse el pozo una base de veinte kilómetros y una altura de 4.000 metros.

Vista de lejos, la montaña parecía un nevado volcán por cuyo cráter se elevaba continuamente al cielo un altísimo surtidor de polvo. Toda la comarca, en una extensión de más de un millón de kilómetros cuadrados, se veía cubierta del blanco sudario de aquel finísimo polvo.

Octavio fue a visitar al profesor Angulema en el gigantesco disco volante desde el cual se dirigían los trabajos.

—Parece que al fin vamos a conseguir abrir ese agujero —dijo Octavio.

—¡Oh, seguro! —exclamó el profesor riendo.

—Aunque, de todas formas, los zapadores no lo pasarán muy bien allá abajo.

—No hay un solo hombre a bordo de las máquinas que ahora trabajan en el pozo —advirtió don Tomás—. Todas las operaciones las dirigimos desde aquí por medio de la radio. Y no irán hombres en los primeros buques siderales que bajen al Reino de Silicio. Ya sabe usted que nuestros acorazados pueden operar a miles de kilómetros de distancia de sus bases sin intervención del hombre.

Octavio conocía esta particularidad de los buques de la Armada Sideral Redentora. Sabía que aquellos navíos estaban atestados de cerebros electrónicos, capaces de conducir por sí solos al buque e incluso hacerle entrar en batalla. La razón de que los buques de la Armada redentora fueran tripulados corrientemente por hombres, no se debía a la incapacidad de los cerebros electrónicos para llevar a la máquina al combate, sino a que el hombre de esta era no se resignaba a ser desplazado por las máquinas. Tripulando las unidades de la Armada, los hombres hacíanse la ilusión de que su intervención en el combate era indispensable. Lo que ocurría en realidad era que siempre acababan por echar mano de los cerebros electrónicos para resolver una batalla que se desarrollaba a tremenda velocidad. A esto se refería aquella oficial de la Armada que al ser televisada dijo: “Una queda cruzada de brazos, sin acertar a hacer el menor movimiento.”

También las máquinas que trabajaban en el fondo de la gigantesca excavación operaban por control remoto, dirigidas desde

el “disco volante” por medio centenar de técnicos que se turnaban ante las pantallas de televisión y los complicados cuadros de mandos.

Octavio permaneció varias horas en el “disco volante”, ya que según los geólogos las máquinas estaban a punto de alcanzar la cota donde se detendrían antes de perforar hasta el Reino de Silicio.

Al amanecer, el cráter del extraño volcán cesó repentinamente de arrojar polvo. Era que las máquinas taladradoras habían llegado a sólo una distancia de seis o siete kilómetros de la superficie del Reino de Silicio. Los ventiladores tenían que retirarse para dejar paso a los “paquetes” de torpedos “robot”. Inmediatamente empezaron a surgir por el cráter las gigantescas hélices a través de cuyas palas habían pasado la friolera de 392.500 millones de metros cúbicos de polvo, de roca y tierras.

Un escalofrío de emoción recorrió las filas del Ejército redentor. La humanidad de silicio, persuadida, al fin, de que todos sus esfuerzos para expulsar a los invasores eran inútiles, dejaron de merodear por el espacio en torno a la imponente concentración de buques y de máquinas terrícolas.

CAPÍTULO VII

PREPARATIVOS PARA EL ASALTO

DON Tomás y Octavio entraron en la cámara de derrota del “disco”. Ésta era muy grande y de forma circular, con el techo abovedado. En el centro de la extraña sala se veía un estrado rodeado de un banco circular, atestado de esferas indicadoras y mandos, ante la que se sentaban en hemiciclo, de cara a las paredes, una fila de hombres y mujeres. Para llegar hasta el estrado central tenía que pasarse por un angosto túnel.

A todo lo largo del mostrador circular se abría un foso del que sobresalían las cabezas de gran número de hombres y mujeres. Eran, como el profesor Angulema y el propio Octavio, simples espectadores del acontecimiento que iba a producirse, altos jefes y almirantes de las fuerzas armadas, así como ministros y gran número de reporteros gráficos.

Toda la inmensa cúpula que encerraba la sala de derrota era una colosal pantalla de televisión. A la sazón estaba iluminada y lo que se alcanzaba a ver por medio de ella era lo mismo que si el observador se hallara situado de pie en el centro de la superficie exterior del disco volante. Desde su puesto, en el centro del estrado, el almirante Aznar podría ver todo cuanto vería desde la plataforma del buque, volviendo la cabeza o alzando los ojos hacia el cielo.

Como forjador de la llave que se esperaba abriera a la humanidad de carbono las puertas del Reino de Silicio, Octavio Ferrer fue invitado a subir al estrado principal, junto al almirante en jefe y un muy reducido grupo de privilegiados, tales como el general don Félix Aznar, el profesor don Tomás Angulema y muy pocos más. Como la espera iba a ser larga, trajeron sillas.

Estaba terminantemente prohibido hablar en la cabina. Desde el centro del estrado, el almirante en jefe disparaba rápidas órdenes que cumplían instantáneamente los hombres y mujeres sentados ante los bancos y sendas pantallas de televisión pequeñas.

Mientras salían las máquinas ventiladoras, Octavio podía ver una imponente escuadra de discos que se acercaba al cráter y formaban en círculo, tomando posiciones.

Moviéndose como una gigantesca espiral, cada uno de los discos transporte se detenía sobre la vertical del pozo y largaba una densa y prolongada lluvia de proyectiles.

Como suspendidos de hilos invisibles, los grandes proyectiles de 30 metros de largo por cuatro metros de diámetro, de color amarillo brillante, descendían a la cima de la montaña blanca para introducirse en el interior del cráter de un kilómetro de diámetro.

Estos proyectiles, construidos del superpesado metal llamado "dedona", estaban dotados de un sistema de dirección y de propulsión propios.

Dirigidos por un cerebro electrónico, los proyectiles se movían siguiendo un "canal" para ir a ocupar un lugar determinado por unas coordenadas previas y quedaban dispuestos en tongadas en el fondo del enorme pozo, unos junto a los otros, en posición vertical, con la ojiva apuntando hacia abajo.

Cada 100.000 proyectiles formaban una tongada, con tres tongadas por cada cien metros. El número total de tongadas sería de 15.000, y cuando el tubo estuviera totalmente atascado, el total de la carga sería de quince mil millones de proyectiles.

Octavio sintió erizársele los cabellos al imaginar lo que podría ocurrir si semejante carga atómica estallara toda a la vez dentro del túnel. Semejante barreno levantaría, sin duda, la corteza del planeta.

Al mismo tiempo, y a la vista de tan tremendos preparativos, el joven científico volvió a sentirse abrumado por el peso de la responsabilidad que había cargado sobre sus espaldas. ¿Cuánto valdrían los efectivos gastados en esta campaña, si su costo pudiera traducirse en dinero?

La nación terrícola, desde luego, no había gastado un céntimo en acumular aquel material bélico. En la moderna estructura del pueblo se desconocía el uso del dinero. No existía ninguna medida

para tasar el precio de las cosas, excepto las horas o los días de trabajo que hubieron de invertirse. Las ingentes cantidades de máquinas de destrucción que veía Octavio Ferrer no habían sido construidas a expensas del bolsillo de los contribuyentes, sino del esfuerzo personal de cada hombre y mujer de la nación. El terrícola daba su trabajo y recibía a cambio dones que en la sociedad del siglo XX hubieran podido adquirir sólo contadas personas.

En un caso de emergencia como el presente, la nación entera se abocaba sobre los bancos de trabajo. Esto hacía que los terrícolas estimaran mucho los bienes de la nación, que eran la propiedad común. Y, naturalmente, también era mayor el sentimiento popular de pena que se experimentaba a la vista del mal uso o la inutilidad de algo que había salido de las manos del pueblo, casi de su mismo corazón.

Por este motivo, Octavio Ferrer sentíase profundamente angustiado en el momento de contemplar el tesoro de su pueblo, confiado a él. Porque aunque otros hombres hubieran tomado la responsabilidad de escucharle y ordenar esta campaña, en el fondo, en la raíz de todo cuanto ocurría o iba a producirse, había sido la idea de Octavio quien inspiró esta aventura.

Decidió que si su experimento fallaba, jamás volvería a salir del Reino de Silicio para enfrentarse con la mirada acusadora de su pueblo. Y decidió también, en un arranque de heroísmo, dar el pecho a lo inevitable y afrontar la situación con entereza. Al fin y al cabo, él sólo había querido hacer más fácil la reconquista de Redención.

Aunque los proyectiles se movían con rapidez, no era posible situar cada tongada en su lugar en menos de diez minutos. Por lo tanto, sólo podían colocarse seis tongadas por hora, necesitándose cien días para rellenar completamente el enorme agujero.

Puesto que había tiempo sobrado y la perforación del túnel había resultado un éxito, el Estado Mayor General había decidido utilizar la costosa maquinaria en la abertura de un segundo pozo de iguales características a una distancia de 10.000 kilómetros del primero.

Octavio Ferrer regresó con el general Aznar al autoplaneta *Valera*.

Un largo, aburrido mes, siguió al regreso de Octavio al

autoplaneta. La vida toda parecía paralizada en *Valera*, a excepción de aquellas actividades relacionadas con las operaciones bélicas. Se hallaban suspendidas todas las competiciones deportivas que normalmente animaban el tedio de un pueblo desocupado. Incluso los boletines de noticias se caracterizaban por la monotonía de su contenido.

El enemigo se había retirado al interior del planeta, como dispuesto a librar la última batalla en su propio terreno. Las perforadoras del profesor Angulema seguían implacablemente agujereando la corteza del planeta, y hora tras hora, día tras día, los discos volantes seguían descargando cantidades abrumadoras de proyectiles que iban a rellenar el insaciable pozo.

Octavio Ferrer se encontraba ahora en la ciudad con su familia. No esperaba ser llamado antes de un mes, como en efecto ocurrió. El día 40 después de su regreso sonó el teléfono. Octavio acudió. Era un comunicado del Estado Mayor General ordenándole regresar a Ciudad Mecano para poner en marcha la División Equis.

Octavio se despidió de sus padres y hermanos y regresó inmediatamente a Ciudad Mecano.

Llegó el mediodía y se dirigió a la sala de recreo, donde sus ingenieros mataban el ocio jugando una reñida competición de tenis de mesa. Al entrar Ferrer se detuvo el juego. Todos los ojos se volvieron hacia él, como esperando la deseada noticia.

—Prepárense para salir —dijo éste—. Acabo de recibir orden de traslado a Redención. Esto es todo.

Y dando media vuelta, Octavio abandonó la sala para tomar su automóvil y dirigirse a la inmensa explanada donde se erguían los 1.500 proyectiles.

Inmediatamente después llegaron los ingenieros. Empezó la operación de sacar los proyectiles hasta la superficie de *Valera*. Los cohetes llevaban sus propios medios de propulsión, y aunque carecieran de la maniobrabilidad de los buques de guerra, eran al menos fácilmente controlables por radio.

Desde una pequeña aeronave, Octavio Ferrer dirigió la operación trasladando los proyectiles hasta la polvorienta superficie de *Valera*. Una importante fuerza aérea había acudido desde Redención para escoltar el valioso convoy. Los ingenieros de la “División X” se trasladaron a un gigantesco disco volante. Poco

después, la división se ponía en marcha cruzando el espacio en dirección al planeta. A uno y otro lado, por encima y por debajo, los cruceros y acorazados de la Armada sideral les daban escolta como perros pastores celosos de la manada. La travesía llevóse a cabo felizmente.

Nada parecía haber cambiado. Como dos meses atrás, cuando Octavio Ferrer estuvo allí la última vez, los gigantescos “discos volantes” seguían moviéndose lentamente en espiral sobre la gran montaña blanca, dejando caer millares de proyectiles amarillos que iban a introducirse por la boca del cráter.

Sin embargo, el despacho confidencial que Octavio recibió al llegar, indicaba que algo había cambiado. Las máquinas perforadoras del profesor Angulema estaban detenidas desde hacía dos días a menos de cien metros de la cara interior del planeta, esperando el momento en que estuviera completada la carga del túnel número Uno para hacer saltar los últimos metros cúbicos de roca que le separaban del Reino de Silicio.

A su vez, el pozo número Dos estaba a punto de quedar listo. Pero nada de esto se había informado por la radio al pueblo valerano, temiendo que el enemigo recogiera la noticia.

De todos modos, sin embargo, el enemigo debía estar bien apercibido. Sólo que no pudiendo hacer otra cosa, se contentaba con esperar el asalto de los terrícolas, confiando tal vez en detenerles.

Un radio cifrado del Estado Mayor General invitaba a Octavio a visitar el buque almirante desde el cual se dirigían las operaciones. Una falúa llevó a Octavio desde su buque al enorme “disco volante”, donde era esperado por un oficial de Relaciones Públicas que le acompañó hasta la Sala de Control.

En la misma enorme sala circular que Octavio ya conocía, el superalmirante don Jaime Aznar ocupaba el estrado central. Sobre su cabeza, en la bóveda, las imágenes mostraban al último “disco volante” que se retiraba después de haber vaciado su contenido en el cráter de la montaña blanca.

—¡Atención, carga número quince mil situada! —anunció una voz.

El tubo estaba repleto de bombas. Empezaba la gran aventura.

Hubo un súbito alzar de cabezas. Algunos, que habían llegado a

dormirse en sus sillas del foso circular, se espabilaron dando un brinco. El ayudante del almirante don Jaime Aznar, que era otro miembro de la familia Aznar y ostentaba también el grado de almirante, se volvió hacia su pariente:

—Operación concluida.

—¡Adelante las perforadoras!

Uno de los ayudantes del profesor Angulema oprimió una fila de botones de su banco de control.

La bóveda que cubría la cabina quedó a oscuras. Se encendió una luz en la parte más alta de la cúpula. Siguiendo el movimiento de los ojos del almirante, Octavio echó la cabeza atrás y miró hacia arriba. Lo que se veía era muy poco. Un círculo iluminado que era un caos de polvo. El objetivo de la cámara televisora estaba en la proa de una de las máquinas perforadoras y todo cuanto alcanzaba a verse era el amarillento brillo de las descargas de electrones que mordían la roca, pulverizándola.

Ahora no había en el pozo máquinas ventiladoras que expulsaran el polvo. Éste caía por su propio peso hacia la zona donde se neutralizaban las fuerzas de gravedad del planeta y la fuerza centrífuga. Quedaba bastante sitio para que pasara entre los paquetes de torpedos y las paredes del pozo.

El ayudante del profesor Angulema, ante su aparato especial, vigilaba las variaciones de una franja de colores que brillaban sobre una pantalla de cristal.

—Es un espectroscopio —murmuró don Tomás Angulema al oído de Octavio—. Por la variación de las franjas de colores podemos saber las sucesivas capas geológicas que vamos atravesando.

—¿Falta mucho para que salgamos al Reino de Silicio?

—Casi nada ¡Mire! ¡Se acabó la roca! Ahora avanzamos por terreno blando… eso es tierra… tierra del Reino de Silicio, querido amigo.

—¡Atención a la Armada! —gritó el almirante—. Flota cuarenta y cuatro. Que se prepare para introducirse en el túnel.

Todos los ojos estaban fijos en aquel círculo amarillo del techo mientras los muchachos del banco hablaban con el jefe de la Flota 44. El tiempo transcurría ahora con rapidez.

—¡Atención! —dijo el ayudante de don Tomás—. Distancia de la

superficie: dos kilómetros.

Una corriente de emoción circuló por la sala como un soplo de aire frío.

—¡Atención Pozo Número Dos… hagan saltar el barreno! —gritó el superalmirante Aznar. Y añadió con voz comedida, en la que, no obstante, temblaba la emoción—: Por favor, apaguen esos focos.

El círculo de la luz amarilla que procedente de la cúpula bañaba fantasmagóricamente a los ocupantes de la sala se apagó. No quedaron más luces encendidas que las rojas, verdes, azules y amarillas de los tableros de instrumentos. Estas luces iluminaban los rostros tensos de los hombres y las mujeres sentados ante ellas y todo el banco circular parecía estar ocupado por una larga fila de fantasmas de caras multicolores.

Con la respiración en suspenso y el corazón en un puño, Octavio seguía con la cabeza echada atrás y los ojos fijos en la cúpula a la espera de ver aparecer el primer rayo de luz del sol ultravioleta del Reino de Silicio. El ojo humano no podía ver en realidad aquella visión, la cámara que marchaba en vanguardia de la columna zapadora iba equipada especialmente para poder transmitir las imágenes iluminadas por una luz ultravioleta.

—¡Atención…! Distancia de la superficie: doscientos metros.

—Prepárense para encender los cohetes —ordenó don Jaime Aznar.

Octavio creyó percibir en el bochornoso silencio que siguió a las palabras del almirante el imperceptible crujir de los huesos de muchas manos que avanzaban hacia los botones alineados en el banco de control.

—¡Atención! ¡Distancia de la superficie: cien metros!

Octavio sentía en la nuca un tremendo dolor. Tenía los ojos llenos de lágrimas de emoción. ¡Se acercaba el momento tan largamente esperado, para el cual había trabajado intensivamente el total de la nación terrícola!

—¡Atención! ¡Distancia de la superficie: cincuenta metros!

—¡Denme novedades!

—El barreno en el Pozo Número Dos ha saltado —anunció una voz.

—¡Flota Quinta a Jefe de operaciones. Entramos en el pozo Número Dos! —dijo una voz a través de la radio.

—Buena suerte, primo —dijo el superalmirante—. ¿Listos los torpedos?

—¡Preparados para disparar torpedos! —contestaron veinte voces.

—¡Flota cuarenta y cuatro alistada para bajar al pozo! —gangueó una voz por radio.

Siguieron unos minutos de silencio.

En breves intervalos, la ronca voz del ayudante del profesor Angulema siguió dando cifras: cuarenta… treinta… veinte… diez metros…

De pronto, toda la cabina se llenó de una cegadora luz. Arriba, en el cénit, centelleaba un sol que tenía el tamaño de una naranja. La cámara de televisión emplazada en la proa de una de las máquinas perforadoras irrumpió en el Reino de Silicio y se elevó lentamente. A la derecha, Octavio vio un fantástico bosque de cristal, cuyos árboles adoptaban las más extrañas y diversas formas. Enfrente se veía una montaña cubierta de bosque…; a la izquierda una alta cordillera.

Las máquinas perforadoras habían salido ya y se apartaban disciplinadamente a derecha e izquierda. Interrumpieron su movimiento de ascensión y bajaron hacia el suelo.

—¡Fuera torpedos! —rugió el almirante dando un patada en el suelo.

—¡Fuera torpedos! —repitió una voz estridente. Un paquete, como lanzado por una catapulta, subió muy alto. De repente, los 15.000 cohetes agrupados en bloque se desparramaron por el espacio dejando atrás líneas de humo, lo que dio a la maniobra el aspecto de uno de aquellos cohetes de pirotecnia que se disparaba en los festivales. Como una flor abierta a todos los puntos cardinales, los 15.000 torpedos partieron raudos en distintas direcciones, en busca del enemigo.

Y el enemigo estaba allí cerca, naturalmente. Los hombres de cristal habían calculado con bastante exactitud el lugar donde surgiría un pozo y tenían sobre aquella zona una formidable flota aérea, así como millares de baterías lanzacohetes listas para disparar. Los “robots” terrícolas, guiados por radar, se lanzaron sobre los buques.

Por la boca del pozo continuaban saliendo, a modo de un chorro

continuo, paquetes de proyectiles que al llegar a cierta altura se abrían en palmera. Los buques siderales de silicio dispararon rápidamente sus torpedos contra los torpedos enemigos. Pero también aquí iba a ganar la superioridad numérica.

El encuentro de los autómatas terrícolas con los de silicio revistió todos los caracteres de un apocalipsis. Ardía continuamente en el espacio del Reino de Silicio una crepitante hoguera atómica. Los complicados y costosos torpedos giraban como un torbellino en torno a la agrumada flota de silicio. Una luz vivísima verdeazulada envolvía a todos cuantos se encontraban en la cámara de control del disco volante redentor, a más de 2.000 kilómetros de distancia del lugar donde se desarrollaba aquel terrible combate.

Los proyectiles "robots" que no encontraron buque contra el que estallar planeaban sobre tierra y picaban contra las baterías lanzacohetes del enemigo. Todo cuanto fuera metálico atraía poderosamente a estas fieras mecánicas en cuyos vientres guardaban encerrada la muerte y la ruina. Nunca emularía el hombre la precisión y el frío heroísmo de estas máquinas insensibles, construidas para morir y matar. En una zona de un millón de kilómetros cuadrados en torno al pozo, la tierra ardía y el cielo restallaba poblándose del vertiginoso crepitar de las bombas atómicas. Todo el infernal contenido del pozo se volcaba, a la vez, sobre el Reino de Silicio, aniquilando cuanto hallaba a su paso. Se podía uno imaginar un ciclópeo trabuco soltando de golpe su carga de millones de postas que, a su vez, estallaban con furia apocalíptica.

Aniquilado, con el ánimo aplastado por aquel brutal alarde de fuerza, Octavio Ferrer seguía con pupilas desorbitadas el curso de aquella terrorífica batalla. Veía saltar en el espacio más y más paquetes de torpedos. Veía a estos surcar el espacio en todas direcciones. Veía surgir por todas partes surtidores de tierra, árboles, máquinas destrozadas… y veía a la orgullosa flota de silicio envuelta en un huracán de fuego. Veía estallar a los acorazados enemigos como otras bombas, voltear los pedazos en su pesada caída hacia el suelo, poblarse el espacio del horrible bullir de aquellas nubes radioactivas que parecían poseer vida propia.

Y mientras tanto, por las entrañas de Redención la 44 Flota Sideral avanzaba ayudada por un huracán de popa en pos del

último de los paquetes de torpedos. Durante media hora, la Flota de Silicio se debatió desesperadamente entre la abrumadora lluvia de torpedos autómatas.

—¡El enemigo se bate en retirada! —anunció una voz.

Después de aquella media hora de frenética batalla, con el espacio limpio de enemigos, el almirante Aznar volvióse hacia Octavio.

—El enemigo tardará en contraatacar —aseguró—. Les hemos dado una paliza en el aire y destruido las plataformas de tiro que tenían en torno al pozo. Pero no está derrotado todavía. Cuenta con muchos más buques y le queda el grueso de su infantería automática, incorpórese a su división, profesor. Y espere preparado el momento en que le llamaremos para que meta sus proyectiles por el túnel.

Octavio se dispuso a salir. Cuando iba a bajar por el corredor le detuvo el general don Félix Aznar.

—No nos volveremos a ver hasta que haya acabado todo esto —dijo tendiéndole la mano—. Le deseo mucha suerte.

Octavio apretó, agradecido, la mano de su excelencia y abandonó la sala, regresando al disco volante en torno al cual flotaban en el espacio aquellos gigantescos proyectiles, causa de infinidad de desvelos y sinsabores.

CAPÍTULO VIII

CABEZA DE PUENTE

MIENTRAS la falúa de Octavio surcaba el espacio hacia el disco volante, las unidades de la Armada descendían en picado sobre el cráter de la montaña. Los discos gigantes lanzaban también sus blindados y tarántulas “robot” que deberían preceder a la “División X”.

Heridas por los últimos rayos del sol, aquellas máquinas centelleaban como estrellas en mitad del negro espacio. La entrada de la “División X” en el túnel no tendría lugar hasta que lo hubieran hecho la Armada y el Ejército; esto es, hasta el amanecer. Octavio tenía, pues, 21 horas de tiempo por delante.

Previendo una jornada muy accidentada, el joven se propuso invertir parte de este tiempo en descansar. Antes, sin embargo, fue a cerciorarse de que todo estaba listo para la marcha. Lo primero que echó de menos fue a Maruja.

—¿Dónde está la señorita Goyoaga? —preguntó a sus ayudantes.

—Se halla indispuesta —le informó un joven llamado García—. Es muy posible que no pueda tomar parte en la expedición.

—¿Tan grave está?

García se encogió de hombros.

—Lleve este recado a la señorita Goyoaga —dijo Octavio—: Dígale que tendrá que justificar con un certificado médico la imposibilidad total de tomar parte en la expedición.

—Se lo diré. Pero, créame: la señorita Goyoaga está verdaderamente enferma.

Octavio no lo creía así. La pretendida enfermedad de Maruja debía ser un pretexto para no tripular la misma esfera que él, o

quizás para no tripular ninguna de las que descendieran hasta el Reino de Silicio.

Malhumorado y con los nervios excitados, Octavio se retiró a su habitación. Por más que se esforzó no pudo conciliar el sueño hasta cuatro horas más tarde. Entonces cayó en un profundo sopor, poblado de pesadillas. Él y Maruja estaban en el Reino de Silicio. Los mil quinientos proyectiles cohete se veían a su alrededor en posición de lanzamiento. Pero por más que Octavio oprimía el botón disparador, los cohetes no se movían. Entonces llegaban los "robots" de los hombres de cristal y empezaban a destrozar los cohetes. Lleno de terror, Octavio veía cómo se malograban aquellas máquinas de sus desvelos. Luego, de repente, los cohetes estaban en el aire en ruta hacia el sol ultravioleta. Los veía llegar, pero el sol se tragaba a los cohetes y no ocurría nada. "¡Hemos fracasado!", gritaba Octavio.

El zumbador del radiovisor le despertó súbitamente. Sintió un inefable alivio al comprobar que todo había sido una pesadilla. Todavía se encontraba en su habitación, los cohetes no habían sido disparados y estaba por ver el resultado que darían. Octavio tiró de la palanquita del radiovisor. En la pantalla apareció el ingeniero Strase.

—Señor Ferrer —dijo Strase—. Debemos prepararnos para salir dentro de una hora.

—Muy bien —repuso Octavio—. Allá voy.

Al entrar en el hangar donde estaban las esferas blindadas de dedona, Octavio encontró a su equipo muy atareado en los últimos preparativos. Una pareja de reporteros gráficos salieron al encuentro del ingeniero, enfocándole con cámaras cinematográficas. Mientras, una muchacha hacía la interviú preguntándole:

—Usted es, sin duda, el personaje más importante hoy día. Alrededor de su invento gira toda esta complicada operación militar. ¿Qué siente un hombre cuando anda camino de la gloria?

—¿A qué gloria se refiere? —repuso Octavio muy serio—. ¿A la eterna o a la mundana?

—A la mundana, desde luego —rió la periodista—. Se dice de usted que es un personaje "difícil"… digamos difícil de capturar por los reporteros. ¿Es cierto que le molesta la publicidad?

—Sí. Me molesta, sobre todo, cuando es innecesaria, como

ahora. Esperemos a ver cómo acaba todo esto y entonces tal vez pueda dedicarle algún rato. Estoy muy ocupado ahora.

Y sacudiéndose a los periodistas, Octavio avanzó hacia el profesor Strase.

—Strase —dijo—. ¿Está todo listo? Bien. Yo entraré en el túnel al frente de la comitiva. Usted se quedará fuera hasta que haya entrado el último de los cohetes y nos seguirá entonces. ¿No está por aquí la señorita Goyoaga?

—Sí. Hace un momento que la vi por ahí.

—¡Ah! —exclamó Octavio—. Mi medicina parece haberle sentado muy bien.

Y viendo a la muchacha entre un grupo de sus ayudantes se dirigió hacia ella.

—Me han dicho que se encontraba usted dispuesta, señorita Goyoaga. ¿Es eso cierto? —preguntó burlón.

—Ya me siento mejor.

Octavio consultó su reloj de muñeca.

—Bien —dijo—. Si es así, podemos empezar a acercar los cohetes a la montaña. ¡Vamos, todos a sus puestos!

Corrieron los ingenieros en grupos de dos hacia las esferas de dedona. Octavio, seguido de Maruja, se encaminó hacia una pintada de amarillo que ostentaba muy visible un número uno de gran tamaño. Trepó al interior. El piloto estaba ya sentado ante los mandos. Se trataba de un muchacho pelirrojo que se puso en pie, saludando militarmente.

—Mi nombre es Ortega, señor. Sargento Federico Ortega. Soy el piloto.

—Muy bien, Federico —repuso Octavio palmeándole afablemente en el hombro—. Si salimos bien de esta puede que le asciendan a capitán.

Por la escotilla de acceso asomaron los dos periodistas, enfilando con sus cámaras a los ocupantes del blindado.

—Tendrán que apearse ustedes si no quieren venir con nosotros allá abajo —les advirtió Octavio, sintiéndose por primera vez condescendiente en mucho tiempo.

—¡Oh! —exclamó uno de los periodistas—. Nada nos gustaría tanto como poder acompañarles.

—¿Y quién se lo impide? —preguntó Octavio riendo—. ¡Vamos!

Anímense y vengan con nosotros.

—¿De verdad lo dice en serio? —preguntó uno de los reporteros parando su cámara y abriendo unos ojos como platos.

—Pues claro que sí. Vamos, Federico, cierra la compuerta. Los señores periodistas nos acompañarán.

—¡Eh, alto… espere! —gritó uno de los reporteros—. Yo me apeo. Tengo mujer y una caterva de hijos.

El periodista descendió rápidamente la escalerilla de acceso. El otro se quedó mirando entre maravillado y temeroso a Octavio. Éste, sin decir palabra hizo una seña al piloto. Federico Ortega oprimió un botón.

—¡Cerrada la compuerta! —avisó.

—Muy bien, vamos allá.

Mientras la esfera se ponía lentamente en marcha hacia el tubo de lanzamiento, el periodista se presentó a sí mismo:

—Mi nombre es Felipe Sumapaz, profesor. Soy un pobre diablo que busca inútilmente alcanzar renombre con sus hazañas. Su invitación representa mucho para mí… si es que en verdad consiente en llevarme consigo.

—Es usted desconfiado —rió Octavio—. ¿No ve que estamos saliendo del disco? Desde luego, vendrá con nosotros. Su nombre formará también con letras de oro en el pináculo de la fama. Como la señorita Goyoaga. Solamente que el de ella figurará a repelo. Figúrese que teniendo en la mano la notoriedad se arrepiente a última hora y quiso quedarse en tierra.

—No tenía la menor intención de quedar fuera —repuso Maruja.

—¿No? ¿Y qué fue de su enfermedad sino una mala excusa?

—No fue ninguna excusa. Me sentía mal y no estoy mucho mejor. Por cierto, que mandó usted a García con el recado de que debería proveerme de un certificado médico. No sé para qué lo querrá usted… pero aquí lo tiene.

Y diciendo y haciendo, Maruja extrajo un papel que tendió a Octavio. El joven lo desdobló, echándole una mirada. Se trataba de un certificado médico extendido sólo unas horas atrás. Octavio enrojeció.

—Bien —murmuró confuso—. Si en verdad se sentía usted mal, ¿por qué no me enseñó este papel antes?

—Simplemente, porque quería bajar hasta el Reino de Silicio.

—¡Y yo que creí que había renunciado usted al cachito de gloria que le corresponderá por tripular esta máquina!

Maruja miró a su ex-novio con la burla bailándole en las hermosas pupilas.

—No da muestras de conocerme si es capaz de pensar tal cosa de mí —aseguró—. Soy muy obcecada y consigo siempre aquello que me propongo.

Octavio la miró con el ceño fruncido. Abrió la boca para decir algo evidentemente desagradable, mas luego pareció arrepentirse y dijo solamente:

—¡Oh, bien! Celebro que sea así. Me encantan las personas tenaces.

La áspera conversación de los jóvenes ingenieros no pudo continuar. Octavio fue requerido ante el aparato de televisión. La imagen que aparecía en la pantalla era la de uno de los ayudantes que se sentaban al banco circular de la cámara de derrota del disco almirante.

—Profesor Ferrer —dijo el hombre de la pantalla—. Puede usted empezar a traer sus cohetes hacia el cráter. Dentro de unos minutos habrá concluido de entrar el Ejército.

Octavio manipuló en los controles del televisor llamando a sus ayudantes, a los que repitió aquellas instrucciones. A continuación encendió la gran pantalla de televisión que ocupaba todo un lado de la cabina.

—Aquí empieza su tarea, señorita Goyoaga —dijo a Maruja—. Tome el control y conduzca nuestra escuadra sobre el cráter.

Maruja fue a tomar asiento ante los mandos y condujo con mano hábil la escuadra primera de cohetes hasta situarla exactamente encima de la boca del cráter. En aquel momento, la última tarántula mecánica descendía del cielo y desaparecía en la lobreguez del pozo.

—¡Hola, profesor Ferrer! ¿Listos?

—¡Listos! —contestó Octavio ante el micrófono.

—Pues adelante —ordenaron desde el disco almirante.

Octavio hizo una seña a Maruja, a la vez que se volvía hacia el piloto y decía:

—Adelante, sargento. Nosotros vamos delante.

Federico Ortega asintió y empuñó las palancas de control. La

esfera pasó por encima de la cresta de la montaña para inmovilizarse un instante sobre el pozo. El sargento oprimió un botón y el blindado cayó vertiginosamente hacia abajo. Instantáneamente se borraron las imágenes de la pantalla. Descendían por el pozo hacia el Reino de Silicio.

—Conecte nuestra pantalla con la del señor Strase —ordenó Octavio al piloto.

Hízose así, y mientras descendían por el pozo camino de las entrañas de Redención, todos los tripulantes pudieron ver cómo los 1.500 proyectiles cohete avanzaban uno en pos de otro hacia el cráter, hacían bajar sus proas y dibujando una elegante curva, picaban hacia tierra introduciéndose con seguridad en el túnel.

Dos horas invirtió la “División X” en cruzar de un extremo a otro la corteza del planeta. De tal modo que cuando la esfera que tripulaba Octavio llegó al Reino de Silicio, no sólo hacía tiempo que saliera por allí la última tarántula automática, sino que ésta llevaba ya buen rato combatiendo.

En el momento que la esfera-comandante irrumpía en el Reino de Silicio, la tierra y el espacio ardían bajo una terrorífica tormenta atómica. En el espacio, los acorazados de la Armada Sideral redentora peleaban con la flota de silicio, varias veces superior en número. Los terrícolas suplían su inferioridad con la provisión de torpedos autómatas que formaban gavillas, pero la violencia del contraataque de la humanidad de silicio era tal que ni los buques siderales, ni los paquetes de torpedos, ni las baterías antiaéreas, podían impedir que algún proyectil enemigo se filtrara de vez en cuando entre la cortina defensiva y llegara hasta las proximidades de la boca del túnel.

La reacción de la humanidad de silicio era todavía más enérgica en tierra, por donde el casi intacto ejército de silicio avanzaba con sus blindados y su infantería automática, pugnando por arrollar a los blindados y tarántulas “robot” que defendían cada palmo de terreno sin ceder un paso.

Apenas salieron al Reino de Silicio y por medio de la pantalla de televisión, cuyo objetivo había sido adaptado para captar la luz ultravioleta, los tripulantes de la esfera-comandante de la “División X” pudieron ver desde mil metros de altura a los blindados enemigos que luchaban contra los terrícolas entre nubes de humo y

de polvo.

Desde corta distancia, unas y otras máquinas soltábanse cañonazos a bocajarro. Cuando las esferas agotaban su dotación de proyectiles se acometían chocando unas contra otras, dos, tres y cien veces, hasta que una de ellas quedaba destruida o inutilizada.

Las pesadas esferas de dedona actuaban también, siempre que era posible, contra la infantería “robot”, destruyendo las tarántulas por aplastamiento. Cuando dos de aquellas horribles arañas se encontraban frente a frente, erizaba los cabellos de quienes las contemplaban.

Ningún ser humano las tripulaba. Ningún ser humano coordinaba los movimientos de aquellas bestias mecánicas. Y, sin embargo, las tarántulas se comportaban en todo momento con la astucia, la acometividad y la agilidad de un ser vivo. Veíaseles avanzar moviendo sus tres pares de patas, con el vientre pegado al suelo; veíaseles detenerse tras cualquier obstáculo. Se erguían un poco para espiar con sus ojos electrónicos y de pronto daban un prodigioso brinco, haciendo jugar el par de cañones que, a modo de mandíbulas, avanzaban a uno y otro lado de la cabeza.

Los tripulantes de la esfera-comandante, a excepción del periodista, no tuvieron ocasión de seguir con detalle las incidencias de aquella batalla. Los gigantescos proyectiles cohete estaban surgiendo del túnel y alineándose a uno y otro lado con la proa apuntando directamente al sol ultravioleta. Felipe Sumapaz, de pie en mitad de la cabina, hacía funcionar su cámara cinematográfica apuntándola sobre la pantalla de televisión. De vez en cuando volvía el objetivo contra el sargento Ortega o contra Octavio y Maruja, tomando grandes primeros planos de los que más tarde sería una película documental frenéticamente aplaudida por toda la nación terrícola. Durante muchos años, las generaciones venideras podrían ver en las pantallas el rictus de nerviosismo que contraía los finos labios del profesor Ferrer.

Octavio, en verdad, sentíase lleno de angustia en estos momentos. Su radiovisor acababa de interceptar un mensaje cruzado entre los jefes del Ejército y la Flota que luchaban en el Reino de Silicio y el comandante en jefe de todas las fuerzas armadas situado sobre la cara exterior de Redención. Al parecer, ni el Ejército ni la Armada terrícolas iban a poder resistir durante

mucho tiempo la brutal y sostenida acometida de las tropas de silicio. Hacían falta nuevos buques para reponer las pérdidas y contener a la avalancha enemiga. Pero ni un alfiler podía entrar en el Reino de Silicio a través del túnel, en tanto éste estuviera ocupado por los gigantescos proyectiles cohete de la "División X". Y aquellos cohetes, ciertamente, no eran muy rápidos.

—¿Pero es que esos trastos no pueden moverse más aprisa? —preguntó Sumapaz.

—No. No pueden ir más aprisa —repuso Maruja.

—¿Cuándo calcula usted que acabarán de salir? —preguntó Sumapaz a Octavio.

—Unas dos horas.

—¡Dos horas! —exclamó el periodista lanzando un silbido—. ¡Dios nos valga! ¿Cómo es posible que podamos resistir tanto tiempo? Si seguimos así, cuando el último de esos artefactos llegue aquí no van a quedar de nosotros ni los rabos.

Aún en medio de la tragedia, Octavio no pudo por menos de esbozar una sonrisa. En aquel instante, un proyectil atómico enemigo cayó a corta distancia e hizo explosión en mitad de una deslumbradora llamarada. La esfera blindada saltó como una pelota, arrojando al periodista contra la pared.

—¡No se esté ahí como un pasmarote! —le gritó Octavio—. Siéntese junto al sargento.

—¡Imposible! —exclamó Felipe tocándose el chichón que tenía en la frente—. Si me siento solo podré verles de espaldas… Y no puedo perder esta magnífica oportunidad de tomarles primeros planos.

Octavio se encogió de hombros. Le preocupaba la suerte de sus proyectiles. Al disiparse la nube de polvo de la explosión atómica pudo ver cierto número de cohetes tumbados en tierra. Uno de sus ayudantes le llamó por radio dando cuenta de que habían quedado completamente inutilizados. Octavio no se inmutó entonces, pero en las dos larguísimas horas que duró la espera habría de tener sobradas ocasiones de preocuparse de veras.

Se hacía notar la falta de refuerzos. Por momentos eran más los proyectiles atómicos que llegaban hasta la cabeza de puente. Y como cada vez eran más los cohetes de la "División X" concentrados alrededor del pozo, aquellas explosiones tenían más probabilidades

de destruir buen número de ellos.

Transcurrió una larga y angustiosa hora. En torno al pozo yacían desperdigados aquí y allá unos 200 proyectiles inutilizados.

—¿Cree usted que quedará alguno entero dentro de un rato? —preguntó el periodista a Octavio.

—Sólo sé que para que nuestro experimento tenga éxito necesitamos, por lo menos, un millar de esos proyectiles.

Sumapaz se rascó la cabeza. Una hora más tarde, los cohetes destruidos eran 300. Las bombas atómicas de los hombres de cristal continuaban llegando cada vez con más frecuencia. Las explosiones envolvían el campo en nubes de polvo y de humo, impidiendo ver nada a través de ellas.

Desde la avanzada del Ejército llegó una llamada del comandante jefe.

—¿Cuándo disparan esos malditos cohetes? He perdido la cuenta del tiempo que llevan entrando.

Octavio consultó su reloj y dio la hora.

—¡Cristo! ¿Y no pueden apresurarse un poco más?

—No, mientras no estén todos los cohetes aquí. Hacemos lo posible para abreviar, pero nunca conseguimos tener un millar de proyectiles reunidos —contestó Octavio.

—Bueno. Trataremos de aguantar —fueron las últimas palabras del general.

Aquella última hora fue la más larga de cuantas viviera Octavio Ferrer. Los minutos se alargaban como siglos. Los proyectiles atómicos continuaban cayendo aquí y allá. No siempre lograban destrozar a todos los proyectiles que tocaban. De haber sido así, el experimento jamás se hubiera realizado. Los proyectiles estaban forrados de dedona, lo que no impedía que fueran víctimas de las explosiones. De vez en cuando, las miradas de Octavio se encontraban con las de Maruja Goyoaga. Ningún rencor animaba entonces las pupilas de ambos. Todas sus diferencias habían quedado atrás, sobre la superficie de Redención. Aquí dentro eran solamente dos almas unidas en el mismo afán: reunir un millar de cohetes y dispararlos contra el sol ultravioleta del Reino de Silicio.

Pero por más que se recontaban los proyectiles disponibles, nunca llegaban a la cifra necesaria. El enemigo los destruía al mismo ritmo que entraban en sus dominios. Finalmente, los últimos

proyectiles aparecieron por la boca del túnel. Octavio preguntó por radio a sus ayudantes. El resultado fue que en total quedaban solamente 890 cohetes utilizables. Las pérdidas, por consiguiente, eran el doble de lo calculado por el Estado Mayor General, incluso después de haber calculado por encima.

Los ojos de Maruja y de Octavio se encontraron llenos de angustia.

—¡Sólo ochocientos noventa! —exclamó la muchacha con pupilas húmedas de lágrimas—. ¿Qué haremos?

Octavio apartó los ojos para mirar hacia la pantalla de televisión. Continuaban lloviendo bombas atómicas. Dentro de un rato no quedaría ni una docena de aquellos proyectiles cohete en condiciones de operar.

—¡Diga algo, profesor…! —gimió el periodista, contagiado de la zozobra que flotaba en el ambiente—. ¿Qué hacemos ahora?

—No podemos hacer nada, excepto disparar los cohetes que nos quedan —masculló Octavio con voz donde temblaba la desesperación y la rabia.

—¿Servirán de algo?

—¿Y qué importa? —bramó Octavio descargando un bestial puñetazo sobre el banco de instrumentos—. ¿Acaso servirán de algo si les dejamos ahí para que esos malditos hombres de silicio tiren al blanco contra ellos? ¡Maruja, pronto, aprieta ese botón!

La muchacha miró hacia el resorte.

—Es usted quien debe hacerlo, profesor —recordó el periodista apuntándoles con su cámara.

—¡Dale al botón, Maruja! —chilló Octavio.

Maruja Goyoaga tendió su temblorosa mano hacia el botón colorado y lo oprimió con fuerza.

CAPÍTULO IX

EL HOMBRE GANA UN MUNDO

LA cámara cinematográfica de Felipe Sumapaz, periodista anónimo y neófito, impresionó para las generaciones futuras el histórico momento en que Maruja Goyoaga oprimía el botón colorado. Luego, el objetivo de la cámara volvióse hacia la pantalla de televisión para captar la salida de los 890 proyectiles.

De la parte inferior de los cohetes salió una deslumbrante llamarada cuando los motores cohete arrancaron. Ochocientas ochenta y ocho flechas partieron en busca del sol. En el último instante, los motores de dos de los proyectiles no funcionaron.

Octavio y Maruja volvieron a cruzar sus miradas. En los ojos de ella había angustia infinita. En los de él, lágrimas de impotencia.

—¡Todo perdido! —murmuró Octavio con voz enronquecida—. Haber trabajado tanto… haber llegado aquí a costa de tantos sacrificios… y todo para nada.

—No desesperes —sollozó Maruja—. Todavía puede ocurrir un milagro… ¿quién sabe? ¿Por qué no han de bastar esos proyectiles?

—Importan mucho. Mil cohetes era el número indispensable para apagar esa maldita lámpara ultravioleta.

Hubo un largo silencio en la cabina de la esfera. En este silencio escuchóse la voz del sargento piloto, que habiendo conectado la pantalla del radar, según lo previsto, seguía el raudo vuelo de los proyectiles en ruta hacia el sol.

—¡Distancia, cinco mil kilómetros!

Por la boca del túnel brotaban en este momento un chorro de acorazados. Eran los esperados refuerzos. Según irrumpían en el Reino de Silicio marchaban directamente a la lucha.

Del tornavoz del radiovisor surgió la voz del almirante don Horacio Aznar:

—¡Hola, profesor Ferrer…! ¡Hola, profesor Ferrer…! ¡Aquí Almirante Aznar!… ¡Conteste!

Aquella voz arrancó a Octavio de sus lúgubres meditaciones.

—¡Diga, almirante! —respondió.

—Hola, Ferrer. ¿Disparó ya sus malditos cohetes? El enemigo destrozó todas nuestras cámaras de televisión y no les vemos…

—Sí, los hemos disparado —repuso Octavio—. Pero solamente ochocientos ochenta y ocho. Todos los demás fueron destruidos por el enemigo.

—¡Gran Dios! —exclamó el almirante—. ¡Esto es un desastre…! ¿Existe alguna probabilidad de que surtan el efecto esperado?

—Temo que no.

Durante un largo rato el tornavoz dejó oír un torrente de maldiciones, juramentos e invocaciones divinas.

—¡Pero…! ¿Cómo pudo ser eso? —chilló el almirante.

—Se equivocaron ustedes al calcular la potencia de fuego de los hombres de cristal y las bajas que nos producirían.

—¡Dios mío… Dios mío! —tartamudeó el almirante, que sin género de dudas acababa de recibir un golpe tremendo—. Ahora, cuando ya teníamos el triunfo en la palma de la mano… se hunde todo. ¡Por Santa Bárbara bendita! ¿Pero será posible que no exista la más pequeña probabilidad de que esos trastos del diablo apaguen el sol ultravioleta?

—Existe —suspiró el sabio—. Pero muy remota. De todas formas poco falta para que lo veamos. Los proyectiles están en ruta hacia el blanco.

—¡Oh… oh…! —exclamó don Jaime—. Bien… bien… No pierda el contacto conmigo, profesor. ¡Dios mío… qué catástrofe si esos artefactos nos hacen fracasar!

Siguió una larguísima espera. Los proyectiles cohetes continuaban subiendo hacia el sol ultravioleta. Mientras tanto, la esfera saltaba como una pelota de goma a impulsos de las explosiones atómicas. La voz del sargento Ortega iba subiendo de tono a medida que los proyectiles se aproximaban al sol:

—¡Distancia 3.000!… ¡Distancia 2.000!… ¡Distancia MIL!

En aquellos breves minutos, el corazón de Octavio llegó a

paralizarse por completo.

—¡Ochocientos… quinientos…! ¡BLANCO!

Los 888 proyectiles cohete acaban de llegar al sol. En los primeros segundos no ocurrió nada.

—¡Señor… señor! —invocó Maruja Goyoaga mirando al cielo.

Súbitamente, el sol ultravioleta, del tamaño de una naranja, se hinchó en una llamarada horrible, de un color verde extraño, jamás visto en la Tierra. El grito que lanzaron los tripulantes debió atronar los oídos del almirante y de todos cuantos, con el alma pendiente de un hilo, permanecían allá arriba junto al tornavoz del aparato de radio.

—¡Estalló!… ¡Estalló! —chilló Octavio. Y abriendo los brazos, riendo y llorando, atrajo impetuosamente hacia sí a Maruja.

Maruja, a su vez, se aferró al cuello del sabio y se echó a llorar histéricamente. El sargento piloto saltó del asiento y corrió a abrazar a Felipe Sumapaz, quien tirando su cámara cinematográfica al aire se entregó con el piloto a una loca, absurda y grotesca danza.

De la pantalla de televisión continuaba brotando aquella intensa luminosidad verde que daba un fantástico aspecto a las caras contraídas de los cuatro enloquecidos terrícolas. El sol ultravioleta del Reino de Silicio parecía próximo a estallar. Un halo de llamas le envolvía haciendo parecer su tamaño como el de una rueda de carro. La extraña, convulsiva metamorfosis que se realizaba en la estrella, duró unos diez emocionantes minutos. Al cabo de este tiempo empezó a decrecer de tamaño recobrando el que tenía anteriormente. Pero la luz que lanzaba ahora ya no era ultravioleta.

Octavio se arrancó del convulsivo abrazo de Maruja para correr hasta el banco de mandos a invertir los controles de la pantalla de televisión. Al hacerlo, un raudal de luz amarilla entró por el lienzo como por una ventana abierta directamente al exterior.

Una explosión próxima zarandeó la esfera precipitando a todos al suelo. La sacudida fue brutal, pero aunque llenos de chichones y contusiones, los tripulantes se pusieron de pie ayudándose unos a otros mientras reían como locos.

Por el tornavoz surgió el rugido del almirante:

—¡Conteste usted, Ferrer… por cien mil legiones de diablos! ¿Es verdad que hemos liquidado el sol ultravioleta?

—¡¡¡Sííííí!!!

—¡Alabado sea Dios! —murmuró el almirante.

Lentamente, los excitados tripulantes de la esfera-comandante, fueron recobrando la serenidad. Los ojos resplandecientes se miraban ahítos de dicha. Cruzábanse apretones de mano. Sumapaz recordó que era reportero y corrió a levantar su cámara del suelo para comprobar que no estaba estropeada.

De las restantes esferas iban llegando las felicitaciones de todos cuantos habían contribuido con su esfuerzo a realizar esta maravilla de la Ciencia. Al recobrar el dominio de sus nervios, Octavio fue a dirigir el objetivo de la cámara de televisión hacia abajo.

Entonces pudieron ver un magnífico espectáculo. Los bosques de cristal de las montañas resplandecían en un halo de luz en el que entraban todos los colores del Arco Iris…

Pero más maravilloso que este sorprendente espectáculo era la vista de la magnífica infantería automática terrestre arremetiendo contra la infantería "robot" de los hombres de cristal. Ahora, al apagarse el sol ultravioleta, acababa de ocurrir algo estupendo. Las máquinas "robot" de los hombres de cristal, que habían sido construidas para luchar dentro del Reino de Silicio y sólo percibían las imágenes bajo la luz ultravioleta, habían quedado ciegas.

Las tarántulas terrestres, que en previsión a este acontecimiento venían equipadas con ojos para ver lo mismo ésta que aquella luz, se aprovechaban de su ventaja batiendo duramente al enemigo.

Desde gran distancia, la artillería atómica de los terrícolas golpeaba despiadadamente a las tarántulas "robot" que se movían torpemente sobre el terreno. En el espacio, sin embargo, la flota de silicio continuaba combatiendo porque los torpedos autómatas se guiaban por radar, y éste no era afectado en absoluto por ninguna clase de luz.

Pero la flota sideral de silicio había sido duramente castigada en las batallas anteriores y, luego, a lo largo de todo el audaz asalto de los terrícolas. Y por el túnel, a la vista de Octavio Ferrer, las unidades de la magnífica Armada redentora continuaban entrando en el Reino de Silicio a razón de una por cada dos segundos.

Todavía caían algunos proyectiles atómicos en torno a la cabeza de puente, pero éstos no afectaban ya a los jubilosos tripulantes de la esfera-comandante. Octavio Ferrer volvióse hacia Maruja Goyoaga.

—Maruja —dijo con voz cariñosa—. Quiero pedirte perdón por las cosas que dije el otro día. ¿Crees que podrás disculpar mis brutalidades?

—¡Oh, desde luego! —sonrió dulcemente Maruja—. Sé que has sufrido mucho estos días… También yo debí ser más paciente y comprensiva teniendo en cuenta que llevas más de un año abrumado de trabajo; primero inventando la fórmula que nos permitirá aniquilar a nuestros enemigos; luego construyendo todos aquellos cohetes y ahora…

—Ahora todo quedó atrás —concluyó Octavio—. Se acabaron los días sombríos, llenos de dudas y temores. Dios ha sido infinitamente bueno permitiéndome gozar la dicha presente, y tú… Tú también eres infinitamente buena, Maruja.

Ella le cerró la boca con los dedos, y luego con un largo y dulce beso.

—Todo está bien así —murmuró.

—Sí. Todo está bien —dijo a espaldas de ellos Felipe Sumapaz sonriendo tras el visor de la cámara cinematográfica.

* * *

Durante dos días redentores, el equipo técnico de la División X permaneció inmovilizado junto a la boca del pozo, esperando que diera fin la continua afluencia de buques, blindados, “robots”, torpedos autómatas y mil abastos más para las fuerzas terrícolas que perseguían sañudamente al enemigo en retirada.

Como quiera que era imposible volver a la superficie de Redención en tanto no cesara el tráfico, el equipo decidió ir a probar fortuna en el nuevo túnel. Para ello se elevaron en sus esferas volando sobre enormes extensiones de territorio donde el suelo aparecía amarillo y granuloso, requemado por las explosiones atómicas. Vieron durante kilómetros y kilómetros cuadrados millares y millares de esferas blindadas, “tarántulas” mecánicas, piezas de artillería y aeronaves rotas, retorcidas y dispersas aquí y allá como mudos y elocuentes túmulos a la memoria de un poder que otro poder eclipsaba.

La humanidad de silicio habíase retirado apresuradamente hacia las mil concavidades, túneles y grutas de la corteza del planeta,

donde tenían establecida su poderosa industria pesada y donde quince siglos atrás se refugiaran haciendo creer a los hombres de carbono que habían dejado de ser una nación organizada. El ejército redentor trataría en vano de desalojar a sus mortales enemigos de aquel intrincado mundo subterráneo…

Pero esta vez el ejército no se proponía perder el tiempo en una búsqueda infructuosa. Siglos atrás, la humanidad de silicio se salvó del exterminio porque el hombre humano, su enemigo, no podía vivir bajo los mortales rayos de aquel sol ultravioleta. Pero ahora el sol ultravioleta había dejado de existir. Los hombres de cristal podían retirarse a sus subterráneos misteriosos, a donde no podía seguirles su flota y a donde, ciertamente, tampoco podía penetrar la Armada Sideral redentora. En sus lóbregos agujeros, la humanidad de silicio perecería irremisiblemente, falta de la energía solar.

Volando sobre varias ciudades completamente arrasadas, los miembros de la afortunada División X ganaron el túnel, a cuya salida había acampado don Tomás.

—¡Hombre, Ferrer! —exclamó Angulema al ver a su viejo conocido—. ¿Usted por aquí? ¡Vaya faena la que les hizo usted a los diablos de cristal! ¿De dónde sale ahora?

Octavio le explicó que iban en busca de una salida hasta la superficie de Redención.

—Por aquí ni pensarlo —dijo don Tomás—. ¿No ve ese chorro de puercas máquinas saliendo sin parar?

El equipo tuvo que aguardar dos días más junto al geólogo. Finalmente se produjo una breve pausa en la afluencia de material bélico y en este intervalo Octavio y sus compañeros pudieron salir a respirar el puro aire de Redención.

En el “disco” almirante, su excelencia el general don Félix Aznar en persona salió a recibir a los héroes a la cubierta de vuelos del navío, donde formaba todo un lucido regimiento de infantería aérea. Más tarde, en el despacho del almirante don Jaime, el jefe del Gobierno y del Estado Mayor General preguntó a Octavio Ferrer qué se proponía hacer.

—¿Ahora mismo? —preguntó Octavio.

—Bueno. No en este preciso momento, sino mañana… pasado… el próximo año…

—Mañana pienso estar en ruta hacia Solima. Pasado me casaré

con la señorita Goyoaga a bordo del disco volante. En cuanto al año próximo… No sé. Supongo que tendremos muchos hijos. Me dedicaré a ser un padre ejemplar, un marido modelo y un investigador.

—Estupendo —remató don Félix Aznar—. Un investigador estupendo… exactamente de la clase que necesita nuestro pueblo para bienestar de las generaciones futuras. Había pensado en usted para que se encargara de dirigir otra tarea gigantesca.

—¿Cuál?

—Construir las máquinas que serán necesarias para llenar de oxígeno ese enorme hueco que tenemos bajo nuestros pies.

—Será una magna empresa. Redención no tiene el tamaño de un guisante —dijo Octavio con las pupilas centelleantes de interés—. Sí, creo que aceptaré la comisión.

F I N